



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## C U A R T A   P A R T E

**EL MOVIMIENTO DE 1923.—DE LA HUERTA ACEPTA SU CANDIDATURA.—LOS ATENTADOS CONTRA SU VIDA.—LA HUIDA A VERACRUZ.—LAS ORDENES DE OBREGON A ORIZABA.—ESTALLA EL MOVIMIENTO.—FALLAN A GUADALUPE SANCHEZ SUS AMIGOS.—LA ACTITUD DE LOS ESTADOS UNIDOS.—LA INTERVENCION DE LOS ESTADOS UNIDOS.—EL VIAJE DE DE LA HUERTA A NORTEAMERICA.—PROFUGOS DE LA JUSTICIA AMERICANA.—DE LA HUERTA SE ENTREGA A LAS AUTORIDADES AMERICANAS.—UNA PROPOSICION DE AYUDA OFICIAL DEL GOBIERNO AMERICANO.—DATOS COMPLEMENTARIOS SOBRE EL MOVIMIENTO DE 1923.—TRES PERSONALIDADES VISTAS POR DON ADOLFO DE LA HUERTA: FRANCISCO VILLA, PABLO GONZALEZ Y LUIS CABRERA.—FIRME HASTA EL FIN.**

## EL MOVIMIENTO DE 1923

### EL SEÑOR DE LA HUERTA ACEPTA SU CANDIDATURA

**U**NA de las cosas que más desorientaron a los no enterados, con respecto a la actitud del señor De la Huerta, fue que después de haberse negado en innumerables ocasiones a aceptar figurar como candidato a la presidencia de la República, vino, finalmente, a aceptarlo después de su ruptura con el general Obregón.

Para quien haya conocido con cierta intimidad a don Adolfo y haya conocido su absoluta intransigencia en cuestiones democráticas, la explicación no hay que buscarla muy lejos. De la Huerta, miembro del gabinete obregonista, si hubiera aceptado figurar como candidato, habría llevado el estigma de "candidato oficial", exactamente como le habría ocurrido si hubiera aceptado ser candidato de Carranza.

En cambio, ya separado del gabinete obregonista, y no sólo separado sino en abierta pugna y comenzando a sentir las persecuciones que Obregón desató en su contra, primero con las torpes declaraciones de Pani acusándole de la bancarrota moral y material de México, y más tarde, con los intentos de asesinato en su contra, la aceptación de su candidatura como elemento de la OPOSICION, no sólo era cosa distinta ya no objetable, sino que venía además a darle una sombra de protección.

Y nuevamente, por la extraordinaria importancia de los acontecimientos, dejaremos la palabra a don Adolfo de la Huerta:

"Calles hizo declaraciones en Monterrey al saber que yo había roto con Obregón, diciendo que él estaba con el pre-

sidente y que apoyaba su política, tanto interior como exterior. ¿Cómo podía yo seguir siendo callista? La actitud de Calles al hacer tales declaraciones, era totalmente inconsecuente para mí que en muchas ocasiones serví de intermediario y amigable componedor cuando Obregón se le había echado encima. Aquello me afectó profundamente. Después vine a saber que quizá fue falta de comprensión de mi parte, pues en un mensaje que me puso decía: "No puedo ir a México porque estoy rodeado de agua", y como en esos días había llovido abundantemente, yo creí que era un pretexto que ponía para no venir a enterarse de la realidad de la situación. Después he venido a comprender que lo que quería decirme era que Obregón lo tenía rodeado y efectivamente, lo tenía prácticamente sitiado y como Obregón era el único al que Calles realmente temía, aquél le mandó un periodista con declaraciones ya escritas que Calles tuvo que firmar. Así es que realmente creo que no supe interpretar aquello de que estaba "rodeado de agua", pues Obregón lo tenía rodeado con las fuerzas al mando de un general cuyo nombre no menciono, porque ahora es amigo mío.

"Acepté pues, como decía, una candidatura que había rechazado mil veces antes. Después de las declaraciones de Calles yo ya no podía ser su partidario y, por otra parte, mi aceptación de la candidatura me proporcionaba cierta protección por el fuero de que goza un candidato. Yo ya sabía que me enfrentaba a dos lobos y necesitaba defenderme como gato boca-arriba. Y aunque entendía que el fuero de candidato no era una protección absoluta pues, como sucedió posteriormente con Serrano y Gómez que, por su propia experiencia supieron que "el amparo no es una coraza" a prueba de balas, sin embargo, en algo había de defenderme y además me sirvió para que me dieran beligerancia en la prensa y, sobre todo, para convocar al Senado, como lo convoqué, a fin de destruir todos aquellos cargos que me lanzaba el documento aquel de "la bancarrota moral y material".



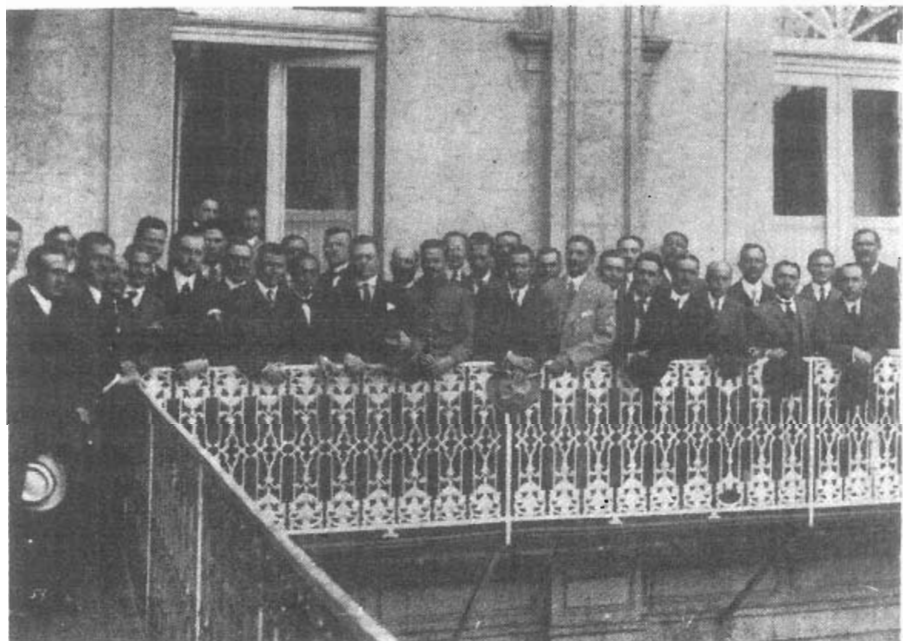
El señor De la Huerta acepta su candidatura a la presidencia de la República, logrando con ello convocar a las Cámaras para su justificación y protegerse (?) con el fuero de candidato.



En la primera fila de los partidos políticos que lo postularon, don Adolfo de la Huerta se halla acompañado de intelectuales destacados y numerosos



Habiendo aceptado su candidatura a la presidencia de la República, los partidos que lo postularon surgieron por todas partes.



Los elementos de Sonora, que por largos años supieron de las virtudes y méritos del señor De la Huerta, acudieron numerosos a sumarse a sus partidarios políticos.

“El Senado se reunió; me presenté e hice mis declaraciones desvirtuando todos aquellos infundios y ¡salí en medio de aplausos! Callistas, obregonistas, delahuertistas e independientes, de los que estaba formado el Senado, todos prorrumpieron en aplausos, y como ya la gente sabía que se había reunido el Senado y con qué fin, al salir me encontré una manifestación que ocupaba desde el Palacio Nacional (que ahí estaba entonces el Senado) hasta mi casa, formando una valla de gente. Una de las manifestaciones más numerosas y espontáneas”.

## LOS ATENTADOS CONTRA SU VIDA

“**D**ESPUES, naturalmente, vinieron los intentos de asesinato: tres, que fracasaron. Primero, cuando me atacaron a balazos frente al Salón Rojo, con una ametralladora. Me escudé en el quicio de una puerta. Después, en medio de la gritería que se había desatado, subí al Salón Rojo y desde allí hablé al pueblo lanzando cargos tremendos tanto a Calles como a Obregón, llamándoles asesinos y una infinidad de cargos tremendos. El otro intento fue en mi propia casa. Habían visto que yo acostumbraba trabajar en una oficina que tenía en el piso más bajo que el nivel de la calle y el plan fue que vendría un piquete de soldados conduciendo a unos presos que dizque tratarían de escapar y entonces los guardias harían fuego, pero naturalmente, dirigiendo la puntería a mí mismo a través de la ventana. Aquel intento fracasó gracias a la guardia de voluntarios ferrocarrileros que tenía yo y que, en el momento oportuno se formaron frente a la ventana y cortaron cartucho dispuestos a contestar la agresión.

“Finalmente, una noche me avisó Aureliano Torres, que era amigo mío de la juventud, que Santanita Almada, en una borrachera que se puso, le había dicho que aquel documento

(el de la bancarrota moral y material) era para darme muerte política, que después vendría "la otra".

"Yo le había hecho algunos servicios a Aureliano y naturalmente, quiso comunicarme aquello.

"Después de ese aviso y de todos los intentos, me cito un general cuyo nombre callo porque es amigo mío y pudieran venirle responsabilidades. Me citó a las doce de la noche en las calles de Soto, en la casa de un compadre mío, Miguel Melesio, que también tenía íntima amistad con él, pues me dijo que tenía algo muy grave que comunicarme; y era esto: cuando hubo algún rumor insistente aquí en la capital, cosa de un año o año y medio antes, de que nos iban a dar un golpe a los del triunvirato, que iba a haber levantamiento aquí en plena ciudad, Obregón quiso mandarme fuerzas para que me protegieran y yo no las acepté. Calles sí; duplicó sus guardias y el mismo Obregón, según me hizo saber, había duplicado las guardias presidenciales. Yo no quise y después de mucho discutir me dijo:

—"Bueno; por lo menos te voy a mandar ahí diez mausers y dos cajas de parque para que armes a tus jardineros, para que siquiera me des tiempo de que vaya en tu auxilio; porque yo sí creo esto. —Y me contó una infinidad de informaciones que le habían llegado. Yo nunca lo creí. El me mandó las armas y se guardaron en los sótanos de la Casa del Lago, pero cuando dejé aquel lugar de residencia, al disgustarme con él y separarme de su administración, cambiaron a la calle de Insurgentes adonde yo me mudé, todos los muebles y con ellos se llevaron los diez rifles y las cajas de parque. Yo no estuve presente cuando se hizo el cambio. Dos agentes, dos espías de la jefatura de la Plaza (gente de Arnulfo Gómez) se habían colado entre los individuos que después de los intentos de asesinato me daba guardia allí, ferrocarrileros en su mayor parte, como ya dije. Esos dos espías se dieron cuenta de los diez mausers con las dos cajas de parque y le avisaron a Arnulfo Gómez y éste, que desco-

nocía el origen de aquellas armas, se fue inmediatamente a ver a Obregón en El Fuerte. Obregón entonces le dio estas o parecidas instrucciones: "Saca usted una orden de cateo. Escoge veinte buenos tiradores al mando de un oficial hábil y con ellos intenta el cateo a las doce de la noche. Los dos agentes de usted que están entre los ferrocarrileros, fingirán oponerse y llamarán a De la Huerta; cuando éste salga, los agentes de usted dispararán al aire y los veinte soldados dispararán sobre De la Huerta. No entra usted a practicar el cateo inmediatamente, sino que primero llama a los periodistas y en unión de ellos entra a la casa, para que vean cuando se encuentren allí las armas y el parque". El plan era hacer aparecer que yo me había opuesto al cateo y que al hacer resistencia había resultado muerto y que los periodistas se convencieran de que las armas habían sido realmente halladas en mi casa.

"Todo ese detallado plan me fue comunicado por el general aquél amigo mío en la casa de las calles de Soto, en nuestra entrevista de media noche. Salí de allí a las dos de la mañana y me encontré con que estaban esperándome el diputado Basáñez y Donato Navarro, del Estado Mayor de Guadalupe Sánchez, para decirme que venían de parte de Guadalupe para invitarme a que me fuera a Veracruz. Sabía que me iban a asesinar ese día y me pedía que saliera inmediatamente, pues allí a su lado tendría toda clase de garantías. Al mismo tiempo, Antonio Villarreal a esa hora me estaba esperando precisamente con Prieto Laurens, para decirme que un ex ayudante suyo de todas sus confianzas, de apellido Farías, el capitán Farías que era ayudante del jefe del Departamento de Artillería, general Carmona, le había comunicado que había oído en conversación que sorprendió, que iban a hacerme desaparecer ese día, que "ya se iba a acabar la rabia, porque iba a morir el perro".

"Guadalupe Sánchez tenía un oficial de enlace con la presidencia, porque Obregón había formado su Estado Ma-



yor con representantes de todas las jefaturas; mejor dicho, de las principales y este ayudante de Guadalupe Sánchez, que estaba en la Presidencia, tenía una clave especial con él; supo del plan diabólico en mi contra y avisó a Guadalupe (a quien yo no había tratado sino superficialmente) y éste mandó a aquellos dos delegados, el diputado Basáñez y Donato Navarro, a decirme que me fuera inmediatamente.

“El aviso de Aureliano Torres, los intentos de asesinato, el aviso de este general, el aviso del ex ayudante de Antonio Villarreal y luego la confirmación de todo lo anterior con aquel capitán Farías, me hicieron decidirme. Además, mi hermano Alfonso, que era jefe de mi escolta personal, me había dicho que allí, entre los ferrocarrileros, había dos agentes de Arnulfo Gómez, que él los conocía por haberlos visto en la jefatura. “¡Qué me importa! —le había contestado—, nada de lo que yo haga tiene por qué permanecer oculto. Que vean lo que quieran”. Y no lo autoricé para que los corriera como él quería.

“Lo que antes referí sucedía a las dos de la mañana, del 4 de diciembre de 1923.

“Entonces mandé a dos ferrocarrileros, Ramón Roel y otro Venegas, para que me tomaran el gabinete del pullman de ese día, pero a las siete de la mañana no se pudo porque lo tenían unos alemanes. Ya en la noche se consiguió el gabinete. Lo ocupó la familia de uno de ellos, con instrucciones de que se bajaran al llegar a la Villa de Guadalupe, donde yo debía subir a bordo y meterme en el gabinete.

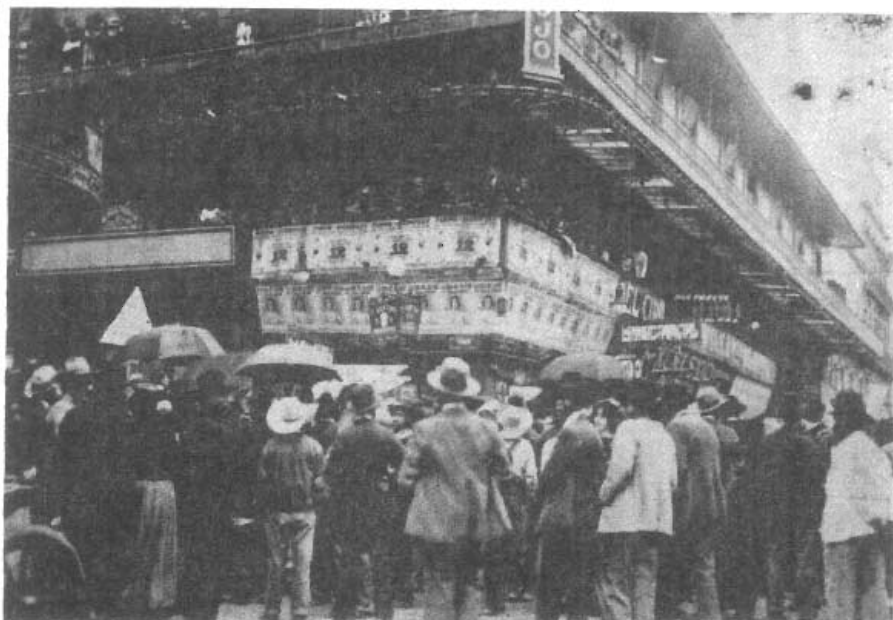
“Durante la tarde de ese día salí a pasear con Enrique Seldner en un “fordcito” y no supieron más que dos o tres, entre ellos Carlos Domínguez, Benito Peraza y Juan Córdoba, que preparaba mi escapatoria”.



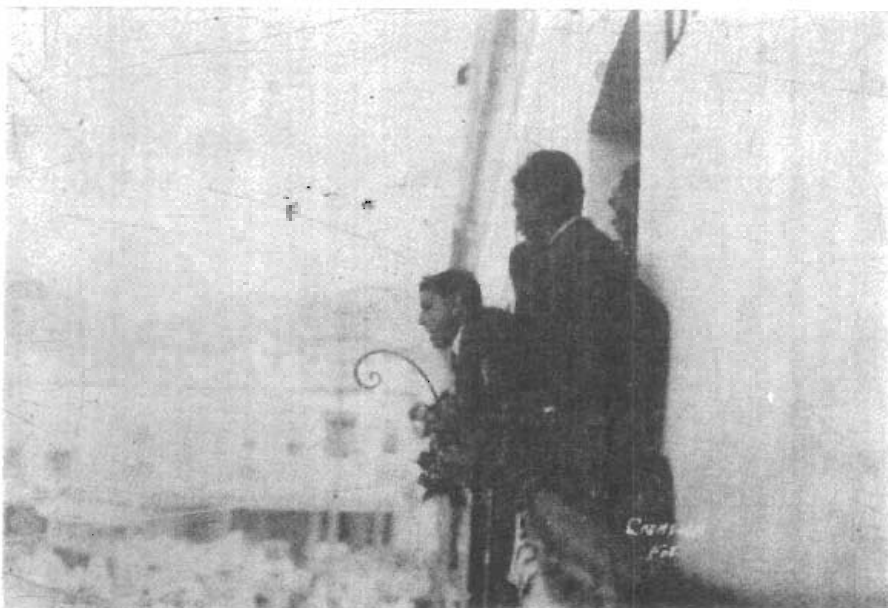
Un mitin en el frontón, presidido por el candidato Adolfo de la Huerta.



Miguel Melesio, compadre del señor De la Huerta y en cuya casa se celebró una entrevista la noche del 4 de diciembre de 1923 entre don Adolfo y un general yaqui, que le informó en detalle del plan existente para asesinarlo.



El primer intento de asesinato. El señor De la Huerta, habiendo escapado de las descargas de ametralladora que se le hicieron frente al Salón Rojo, subió a dicho local y desde el corredor arenó al pueblo, acusando enérgica y virilmente a los generales Calles y Obregón de aquel atropello.



Ya aceptada su candidatura y dirigiéndose al pueblo, el señor De la Huerta, a quien sus enemigos han querido hacer aparecer como tímido y débil, flageló con epítetos candentes al general Obregón y sus secuaces, denunciando los intentos de asesinato de que había sido víctima y prediciendo los que vendrían después.

## LA HUIDA A VERACRUZ

“CON Enrique Seldner al volante, me paseé por todo Madero, dando vueltas y al pasar por la esquinita de la Condesa, torció bruscamente y los motociclistas que nos venían siguiendo se pasaron de frente y nos perdieron. Estuvimos dando vueltas para borrar mejor la pista y después nos fuimos a la Villa de Guadalupe. Allí me oculté en la casa de Antero Roel y estuve esperando el tren que pasaba a las siete y media de la noche. Llegó el tren; los ferrocarrileros, que ya estaban de acuerdo, me abrieron la puerta del lado opuesto al andén, subí y emprendimos la marcha.

“Creí que nadie sabía que yo iba a bordo, pero pronto me convencí de mi error, pues todos los pasajeros querían saludarme, porque todos lo sabían. Yo ignoraba que Prieto Laurens iba en el mismo tren, pero uno de los ferrocarrileros me informó que se encontraba en el otro vagón pullman. Le llamé y le pregunté:

—“¿Y usted qué anda haciendo aquí?

—“Mi compadre Villanueva Garza me telegrafió diciéndome que saliera urgentemente.

“Villanueva Garza era diputado, compadre de Prieto Laurens y se había ido a Veracruz. Allá supo, por Guadalupe Sánchez, lo que ocurría y le telegrafió a Prieto Laurens para que éste se escapara. Yo no sabía nada de esto. Conmigo venía Rafael Zubaran Capmany, al que yo me llevé casi a la fuerza, y como iba un poco atemorizado, le pedí a Prieto Laurens un poco de cognac; lo trajo, Zubaran se tomó una buena dosis y entonces, como el ratón del cuento, recuperó el valor y se puso a pedir “que le echaran al gato”.

## LAS ORDENES DE OBREGON A ORIZABA

“**A**L llegar a Orizaba se me informó que una escolta había detenido el tren. A pesar de que ya estaba en terrenos de Guadalupe Sánchez, llamé a Ramón Roel y le ordené que llamara al jefe de aquella escolta. Yo había planeado detenerlo allí. Pregunté a Venegas si traía armas; me dijo que sí; le ordené que se subiera a la máquina (él era maquinista) y que si en diez minutos no regresaba el jefe de la escolta, echara a andar a toda máquina pasara sobre quien pasara. Pero Roel vino a informarme que la escolta acababa de recibir órdenes de retirarse.

“El jefe de aquella escolta era el coronel Vázquez Melado, que después ha escrito lo que le aconteció; es decir, las órdenes que recibió de liquidarme en el camino, órdenes que no quiso cumplir y que pidió le fueran ratificadas personalmente por el presidente, pues las que había recibido procedían del secretario de Guerra, pero él exigió órdenes directas de la presidencia, manifestando que esperaría únicamente diez minutos, después de los cuales dejaría pasar el tren. Como transcurrieron los diez minutos sin que recibiera la orden presidencial, retiró la escolta y me dejó pasar. Después pasó las de Caín ese coronel, tuvo que salir e irse a Nueva Orleans. Prácticamente no reconoció el movimiento, sólo trató de evitar las consecuencias de haberse negado a cometer un asesinato. Sin embargo lo tienen olvidado: coronel hasta la fecha. Ultimamente supe que estaba en un hospital, enfermo y en situación muy penosa.

“Llegué a Veracruz y fui recibido por bastante gente, que se había enterado de mi llegada. Yo había sacado pasaje originalmente sólo a Orizaba, pero siempre el proyecto ha-

# Vázquez no Quiso Matar a De la Huerta

## Revelaciones del Viejo Revolucionario

"Colocando el criterio político muy por encima de la honorabilidad del Ejército, se me acusa del delito de rebelión, por haberme negado a asesinar a don Adolfo de la Huerta y varios de sus amigos, el 5 de diciembre de 1923".

Así dice, en su demanda de amparo presentada hoy, ante el juez primero, licenciado Ponciano Hernández, el coronel de infantería Bernardo Vázquez Mellado, quien pidió la protección de la Justicia contra actos de la Presidencia de la República, jefe de ayudantes del Estado Mayor Presidencial, coronel Piña Soria, y secretario de la Defensa Nacional, por cuyo criterio no se le reconocen los 21 años de su carrera en los que vivió primero perseguido y después postergado.

Haciendo historia, el coronel Vázquez Mellado relata, en su mismo escrito de amparo, que en la fecha arriba citada, siendo jefe de guarnición del sector militar en Córdoba, Ver., recibió orden del entonces ministro de Guerra y Marina, general Francisco Serrano, para que detuviera el tren del Ferrocarril Mexicano y procediera a la aprehensión de Adolfo de la Huerta, Rafael Zubarán y general Carlos Domínguez, viajeros del convoy, con orden terminante de fusilarlos en cualquier sitio del trayecto a la ciudad de México. Entonces, Vázquez Mellado, considerando que no era "un verdugo con charreteras", según propia expresión, y no queriendo ser el asesino de tres hombres indefensos, dejó pasar el tren, por no arrojar una mancha criminal sobre el Ejército.

Pocas horas después de esto, el movimiento estalló en Veracruz, y el mencionado militar tuvo que huir, acusado de rebelión.

He aquí la prueba de que los intentos de asesinato en contra del señor De la Huerta, no eran simples temores de su parte, ni padecía manía de persecución. Y recuérdese que cuando don Adolfo salió para Veracruz, no había iniciado ningún movimiento rebelde, era simplemente candidato de la oposición. Pero como esto no es sino reproducción de un recorte periodístico, para que la prueba sea realmente convincente, publicamos facsímil de copia autógrafa de la demanda de amparo interpuesta por el coronel Bernardo Vázquez Mellado, en la que dice con toda claridad que el general

Serrano le ordenó el asesinato de don Adolfo de la Huerta y acompañantes.

# *Reporte a la Presidencia*

C. JUEZ DE DISTRICTO EN MATERIA ADMINISTRATIVA.

Presente.

Bernardo Vazquez Mellado, Coronel de Infantería del Ejército Nacional, con patente de este grado, firmada por el C. Presidente de la República el 1/o de enero de 1922, (veintiseis años) y actualmente en servicio activo, comparece ante usted con el debido respeto, para demandar el amparo de la Justicia Federal contra actos de la Presidencia de la República, del C. Coronel Jefe de Ayudantes del Estado Mayor Presidencial y de la Secretaría de la Defensa Nacional, por las violaciones e injusticias que se pueden apreciar en los siguientes, *Art. XIX y XXI.*

## HECHOS:

El día 5 de diciembre de 1923, siendo jefe de la Guarnición y del Sector Militar en Córdoba Ver., recibí a las cuatro horas instrucciones del Secretario de la Guerra, General de División Francisco N. Carranco para ponerme en comunicación con él, y hecho esto, me ordenó que mandara detener el tren de pasajeros del Ferrocarril Mexicano que debería pasar una hora después, y hacer bajar de este, a los señores Adolfo de la Huerta, ex-Presidente de México, Rafael Guzmán, general Carlos Román y otras personas hasta, el número de siete. Conducirlos bajo mi personal custodia rumbo a México, hasta el lugar que, según la noticia, me sería indicado, donde deberían ser fusilados, entregando mas adelante los cadáveres a un superior que salía de México con instrucciones escritas.

Después del primer momento de estupor y perplejidad, resolví contestar al alto Jefe, que: Yo un verdugo con charreteras, ni me prestaba para servir de asesino, y que esos hombres, mientras no los hubiera entregado un TRIBUNAL COMPETENTE DE FUEGO DE JUZGADO, para mí eran ciudadanos a quienes debía impartir garantías. Después de una discusión, detuve el tren y me di cuenta de la presencia de los nombres citados, pero no les molesté; dije al Secretario de la Guerra que detendría el tren hasta que me llegaran órdenes formales y citadas en clave. Pasado el tiempo fijado, dejó partir el tren y con esto pudieron llegar hasta Veracruz los citados señores.

Naturalmente, después de esto, unas dos horas mas tarde, me fué quitado el mado que tenía y que era un TRIBUNAL, puesto que la fuerza estaba ausente, y solo tenía a mi disposición algunos soldados de Infantería de Marina que previamente habían sido señalados, EXISTIENDO DE NO CONTAR CON LOS Y EXPRESANDO RESULTADOS NEGATIVOS, POR ESO MI FUERZA, ESTABA MUY BAJO, Y POR ESO MIS COMANDANTES DE LAS PAREDES OFICIALES.

Después de esto, tuve que buscar la manera de escapar rumbo al extranjero, SIN NINGUNA AYUDA, tratando solo de ponerse a salvo de unos y otros, pues la rebelión había estallado en Veracruz. Ahora bien: ¿en que se funda la acusación de rebelión que me hace la Presidencia? Fue por no haber obedecido la orden-----

que se imponía un crimen más por haber hecho honor al prestigio del Ejército y haber dignificado al Jefe de la jerarquía militar, negándose a considerar un acto que hubiera sido de baldón, en caso de una OMB. DIGNA, ilegal y prevenida por las leyes.

El resultado de todas estas consideraciones que no precisan las autoridades responsables, es que ellas, sustentando un criterio meramente político, se niegan a reconocer el crimen que se cometió FUERA DE SERVICIO, alegando esa OMB. DIGNA, ilegal, y causando un grave daño, después de haber hecho honor. Esto es inhumano.

El castigo, y más amplia y dignamente que otra cualquiera, los requisitos que marca el Art. 41, de la Ley para la Comprobación, Justo y Computo de Servicios.

Yo reclamo que se me este tratando de antequitar empleando un criterio político, y se sostenga que el crimen, por haberse cometido A SERVICIO, al ser el crimen, el crimen, y por ello se me haya negado una de veintidós años.

Yo reclamo, que sustentando ese criterio político, se considere como un acto de rebelión el haber realizado el castigo que dignifica y eleva el buen nombre del Ejército. (Véanse los diarios) y las opiniones de los más conspicuos periodistas como Lugo, Rodan y otros, al hablar de este caso.

#### DIRECCIÓN:

En el caso antes expuesto, pido que se me haga el cómputo de mi tiempo de servicios, igual que se ha hecho, a los J. de la División REVOLUCIONARIA NACIONAL, tales: el divisionario Guadalupe Sánchez a quien se ordenó el cómputo el 26. de Septiembre de 1940, su hermano el teniente coronel Abraham Sánchez Galván, y como estos, muchos más que puedo citar con precisión.

que se ordene la computación de mi tiempo, conforme lo ordena el artículo 41, de la Ley de 31 de diciembre de 1943, y que se me retire del Ejército, JUANDO SANCHEZ con el honor de que han disfrutado otros, que el MUNICIPIO REVOLUCIONARIO, y que no obstante, han sido escuchados y atendidos en sus demandas.

El derecho que me asiste, se funda en la moral y en el prestigio del Ejército, que, posteriormente ha sido motivo de tremendas críticas y de innumerables por haber tenido en su seno, hombres que, ANTES DE SERVICIO DE COMISIÓN, J. de la División y REVOLUCIONARIA, están vivos, los generales Guadalupe Sánchez, que era Jefe de operaciones en Veracruz, Antonio Vortas que fué a recibir el mando de mi cuerpo, José Villanueva, que era Jefe de Estado Mayor, y el Sr. T. de la División. Examiné los documentos oficiales, y luego dese un fallo justo y honroso.

En seguida, transcribo en el oficio de la Presidencia de la República, en que se me contesta el 2. de Mayo de 1940, mi instancia, por que estos son los medios que se valen para quebrantar y acabar con los elementos de que pueda disponer un hombre honrado.

En el 3. de 1940, el Coronel de Inf. Bernardec Vázquez Aguilado, lo hizo en la - 2.ª Ciudad. La comisión se intentó escrita fechada el 10. de febrero del año pasado, manifestando a Ud. que hecho el estudio de sus antecedentes por la comisión nombrada al efecto, de acuerdo con la documentación enviada por la Secretaría de la Defensa Nacional, esta arroja las siguientes conclusiones: Primero, que el 3. de diciembre de 1939, ostentando el grado de coronel de infantería y comandante el 11. batallón del arma, fue dado de baja del Ejército Nacional en virtud de haber consumado el delito de rebelión.



Entonces, se procede a ordenar se compute en sus servicios el lapso comprendido del 5 de diciembre de 1923 al 11 de marzo de 1944, en que estuvo sustrado del Ejército el C. Coronel Bernardo Vazquez Mellado, ya que no satisface los requisitos que establece el Artículo 41 de la Ley para la Comprobación, Ajuste y Computo de Servicios, toda vez que, del contenido de su propia solicitud y documentos que acompaña, -falso esto, -se acredita su participación en el movimiento rebelde de la Libertista de 1931, y por consiguiente no se ha manifestado siempre leal a las Instituciones. -----  
Fechado en Mexico, en enero 8 de 1948, y firmado: Pina Soria. -----  
Falsedad, falta de criterio legal y marcadatendencia a prejuzgar con criterio político de aquella época y sin concepto del honor para el Ejército, es lo que dicta ese oficio.  
Por lo tanto, vengo ante Ud. C. JUZG, a pedir que se me tenga por presentado en tiempo y forma para demandar el amparo de la Justicia Federal en este caso, poniendo a su disposición todos los periódicos y manifestaciones de la opinion sobre el particular, que estan no solo en mi favor, sino en alabanza de el sacrificio.  
Soy un hombre paupérrimo, y personalmente he formulado esta escrito apoyandome en el derecho y en la ley, y espero de Ud. la resolución que corresponde a esta clase de recursos, con la que recibire gracia y justicia.

En todo a usted lo necesario.

SUPLENTE DE OFICIO DEL JEFES DEL EJERCITO.

Mexico, D.F. enero 19 de 1948.

Coronel de Infanteria, Matrícula (355682.)

*Bernardo Vazquez Mellado*  
Bernardo Vazquez Mellado.

Desdichado: Rio Hazaes numero 10, Dep 2.

Colonia Guadalupe Ciudad.

bía sido llegar hasta donde estaba Guadalupe, toda vez que él me había prometido que tendría plenas garantías a su lado. El gobernador de Veracruz era Heriberto Jara, y en esos momentos se encontraba en la ciudad de México.

“En Veracruz me encontré con Guadalupe Sánchez, y le dije:

—“Confiado en su buena fe y su honor de soldado, vengo aquí a refugiarme en busca de garantías.

—“Aquí las tendrá todas —respondió—, de aquí, primero me sacan a mí que sacarlo a usted.

“Comenzaron luego a hacer los preparativos, porque yo le dije:

—“Mire, general, lo primero que van a hacer es ordenar a usted que me entregue.

—“Pues no lo entrego.

—“Esa es ya la rebeldía; fíjese bien en eso.

—“Pues sí. Todo está pensado. Cuando yo le mandé llamar, era para jugármela. He venido siguiendo el sentir de la República y como lo aprecia a usted todo el país y estoy en la obligación, como revolucionario, de ser su salvaguardia.

—“Muchas gracias —repliqué— pero no crea usted que está muy seguro. No cuenta usted con sus jefes.

—“¡Cómo no! Todos son míos.

—“Está usted muy equivocado. Es que usted no conoce a Obregón. El los tiene ya catequizados a todos. Desde que usted tuvo la entrevista con él allá en México, diciéndole que no se prestaría para una imposición, ya comenzó a trabajar a todos. Ya mandó llamar a algunos jefes y estoy seguro que (como efectivamente lo declaró después el mismo Obregón) con los cañonazos de cincuenta mil pesos los habrá catequizado.

—“No —arguyó—, todos mis jefes están conmigo.

—“Pues está usted muy equivocado. Yo tengo la seguridad de que la mayoría de ellos ya no están con usted,

están de parte de Obregón, con quien han estado en conferencias, según informes que yo tengo.

“Ese día, a las seis de la tarde, me llamaron a la finca de Guadalupe Sánchez para informarme que había resuelto cortar el tren. Yo traté de oponerme haciéndoles ver que era inconveniente; que no era la manera de hacer las cosas y, sobre todo, que si se tomaba ya esa resolución, deberían darme la oportunidad de comunicarme con los jefes que antes me habían ofrecido su adhesión. No pude convencerles; ya estaban resueltos a iniciar la campaña. Cuando yo presentaba mis argumentos, el Mocho González, que era uno de los generales que estaban allí (dos o tres por todos), me dijo: “No tenga miedo, señor De la Huerta; aquí estamos nosotros”.

“Aquello me picó y repliqué violento.

—“¿Qué está usted diciendo, so...? ¡No es por miedo; es que no quiero hacer el papel de guajolote como pretenden ustedes hacerlo! Pero me sobran calzones. ¡Vamos adelante! Y conste que es un mal paso que se da, pues es prematuro, pero para que vean que no es por falta de pantalones, ¡vamos adelante!, aunque tengo la convicción de que esto es demasiado precipitado”.

## ESTALLA EL MOVIMIENTO

“GRITOS y aclamaciones acogieron mis palabras:

—“¡Sí tenemos gallo!, gritaron algunos, en tanto que me decía: ¡qué guajolotes son éstos! Este es un acto de debilidad de mi parte; porque yo debía haberme opuesto hasta el final aunque me hubieran llamado cobarde, para preparar mejor las cosas; que me dejaran un día, como les pedía para haber mandado aviso a los demás. Pues no; nada más por el pun-

tillo que uno tiene y que me tocó en ese momento el general aquel delante de diez o doce personas.

“De cualquier manera, una vez tomada la resolución, era preciso obrar rápidamente.

—“Mire, Guadalupe —le dije—, lo primero que hay que hacer es aprehender a Rodríguez Canseco, que es agente de Obregón. Pero MUCHO CUIDADO, respetándole la vida; NO SE ME FUSILA A NADIE. Esa es la condición con la que acepto yo la jefatura del movimiento: QUE SE RESPETE LA VIDA DE TODOS LOS PRISIONEROS. Entonces Guadalupe llamó a su hermano el Chato, que tenía una escolta de ciento ochenta hombres, para que les cayera allí en el cuartel y lo hicieran prisionero. Así se hizo y se le respetó la vida. Aun vive.

“Me fui después al malecón a hablar con las infanterías de Marina. Les hablé, pero me dijeron que todos eran partidarios de su comandante Calcáneo Díaz y que creían que él comprendería las razones que tenía yo para ir a la lucha y que estaría conmigo, que hablara con él. Entonces mandé llamar a Calcáneo Díaz y sin decirle que había estado hablando con sus oficiales, hablé con él. Tuvimos una conferencia como de dos horas, al cabo de las cuales se manifestó dispuesto a seguirnos. Mientras tanto, se movían las fuerzas de la escolta de Guadalupe Sánchez; se tomó el cuartel, se hizo prisionero a Rodríguez Canseco, al que se le permitió después embarcarse libremente. Luego se tomaron los barcos; estaban los comandantes fuera; el pobre Illades, que comandaba el Agua Prieta, viene y se encuentra que cincuenta soldados de Guadalupe le habían tomado su barco. Se me presentó y me dijo:

—“Señor De la Huerta, yo lo admiro a usted mucho y lo he venido siguiendo desde hace varios años, pero mi condición de soldado no me permite. . . Yo sé que mi obligación de ciudadano está por otro lado, pero tengo incrustada

en la mente la Ordenanza y yo, le hablo a usted con toda claridad: no puedo secundarlo.

—“Perfectamente bien —le respondí—, queda usted en absoluta libertad y puede tomar el camino que mejor le agrade.

—“Me voy a México.

—“No puede usted hacerlo. Se han suspendido las comunicaciones. Puede usted quedarse aquí con toda clase de garantías.

“Aquel comandante Illades, hombre de una pieza, nunca reconoció el movimiento y sin embargo, fue el que me sacó de Frontera. Desgraciadamente está dado de baja hasta la presente fecha. Yo le hablé a don Manuel Avila Camacho sobre él, pero se le olvidó. Pienso ahora hablar con el general Limón sobre el mismo tema, porque tengo que aclarar la conducta de ese hombre”.

## FALLAN A GUADALUPE SANCHEZ SUS AMIGOS

“COMENZARON las llamadas telegráficas a todos los jefes de operaciones. Guadalupe se fue con Zubaran a tomar unas copas y yo me fui al telégrafo. Y comenzaron a llegar las contestaciones a los telegramas de Guadalupe: Belmar, de Puerto México, repudiando; Panuncio Martínez, de Pánuco, que no, que reprobaba la actitud de Guadalupe; Mayer, lo mismo; Berlanga, de Jalapa, reprobando; Juan Domínguez, de Santa Lucrecia, en el mismo sentido; Rueda, al principio reprobó y un mes después aprobó; Soto Lara, de Potrero del Llano, reprobando; para no cansar, todos reprobando.

—“Bajo su más estricta responsabilidad —dije al telegrafista—, usted se calla la boca.

“Recibía los telegramas y me los iba echando a la bolsa. Para mí aquello no era novedad; yo ya lo suponía. Inmediatamente me fui a ver a Guadalupe Sánchez; eran como las tres de la mañana y ya estaba acostado. Hice que se levantara y allí, en el Hotel Diligencias donde vivía, a la luz de un farol le mostré los telegramas.

—“General —le dije—, lo que yo había pensado.

“Guadalupe casi lloraba al leer las contestaciones, recordando que todos o casi todos le debían favores y algunos la vida.

—“Pues ahora —le dije— no hay más que fajarse los calzones y a luchar a como haya lugar. No tiene remedio. Ande, déseme una bañadita inmediatamente y póngase en actividad y en movimiento porque no hay tiempo que perder. Vamos a tomar la capital del Estado, porque es de efecto político en toda la República. Así es que alístese y se van con los de la Infantería de Marina y cien hombres de los de la guardia personal de usted. —Y nombré a mi hermano y a Villanueva Garza para que fueran a tomar Jalapa, pero a mi llegada en la mañana siguiente, se me presentó un corresponsal de la Prensa Asociada, que me dijo haber sido mayor, en la última guerra mundial.

## ESTRATAGEMA SALVADORA

“**L**O recibí y le dije:

—“Usted me dijo que había sido militar. Yo no soy militar; no tengo ningunos conocimientos en la materia. Yo quisiera que usted me asesorara. —Y ayudado de un plano que había allí en Faros, señalando las vías del ferrocarril. continué: “Se me ocurre este plan: Mandar diez mil hombres por el Mexicano y diez mil por el Interoceánico, para que se junten en Irolo. ¿Qué le parece?

—“Pues muy bien.

“Por supuesto que le di más detalles, como si realmente aquello fuera un plan completo. Todo le pareció bien. Entonces mandé llamar a Ruiseco, que era el jefe de telégrafos y le ordené que dejara pasar un telegrama para la Prensa Asociada, que seguramente se iba a enviar. Y así fue como la Prensa Asociada dio la noticia de que veinte mil hombres marchaban sobre la capital.

“Zubaran no se levantaba aun cuando fui a enseñarle los telegramas de contestación de los militares a los que se había dirigido Guadalupe Sánchez. ¡La cara que puso!, ¡qué de lamentos y qué desesperación!

—“No se achique —le dije—, que ya he movido veinte mil hombres sobre México. —Y le expliqué a grandes rasgos que se trataba de fuerzas imaginarias, pero que iban a producir su efecto. Y así fue. Engañé a Obregón como a un chino con el telegrama aquel. Si hubiera avanzado con mil hombres o les hubiera dado órdenes a sus fuerzas de avanzar sobre Veracruz, pues nos hubieran “agarrado de los cabellos”, pero con ese telegrama se preocupó Obregón; yo sabía que le gustaba mucho luchar a la defensiva. Yo comprendí que se iba a engolosinar y nos daría tiempo de organizarnos.

“Avanzaron nuestras fuerzas sobre Jalapa; se tomó la plaza y cayeron cuatrocientos y pico de prisioneros, entre ellos los generales Marcelino Murrieta, Cejudo, Mayer... creo que esos fueron todos. Berlanga se escapó. Di órdenes terminantes de que se respetara la vida de todos. Así se hizo. Ordené que los trajeran a todos a Veracruz y allí los puse en libertad y armados con sus revolvers. Con los cuatrocientos y pico de prisioneros formados, sali al balcon de Faros los arengué y les expliqué que quedaban en libertad, pero que los que quisieran incorporarse al movimiento, que dieran un paso al frente. Todos dieron el paso. Escogí cien de aquellos hombres y los nombré mi escolta personal. “Este hombre está loco —decía Zubaran— ¡a los rendidos po-

nerlos de escolta!" No habían llegado todavía los de Infantería de Marina y yo tenía que tomar mi escolta de alguna parte.

"Cosa por el estilo sucedió cuando llegaron los rendidos de Villahermosa, Vicente González y Henríquez Guzmán con dos mil hombres. Me quedé con ellos allí metidos en Veracruz, y yo a merced de ellos en esos tres días famosos. Todos los generales estaban preocupados, creían que había yo perdido la razón y resolvieron esa noche liquidar a Vicente González y a Henríquez Guzmán a más de algunos otros, entre ellos a Carlos Domínguez. Lo supe, mandé llamar a Guadalupe Sánchez y le dije que fuera inmediatamente a evitar a toda costa la proyectada ejecución. Guadalupe, personalmente y por sí solo fue y salvó la vida a los condenados, a pesar de la insistencia de los que querían fusilarlos.

"Llamé a Vicente González y a Henríquez Guzmán y los despaché para Nueva Orleans.

"Mis partidarios en Veracruz no acababan de comprender mi actitud y hasta llegaron a pensar que yo estaba en connivencia con Obregón y que hacíamos una pantomima. Así, cuando sostuve una conferencia con Topete y Lucas González por teléfono, hice que me acompañaran varios generales a la caseta telefónica para que oyeran dicha conferencia.

"Quizá influyó en hacerles sentir desconfianza el hecho de que frecuentemente se expresaban de Obregón calificándolo de "mocho inútil", aseverando que no valía nada. Yo les dije que estaban muy equivocados, que Obregón era militar y que era necesario pulsar al enemigo tal como era. Hice una defensa de las cualidades de Obregón, tan viva, que aquellos se preguntaban: "Bueno, ¿pues con quién estamos?". Por otra parte, veían aquello que había yo hecho con mi guardia personal y la libertad de los prisioneros y llegaron a creer



que estaba yo de acuerdo con Obregón y que la rebelión sólo era una comedia premeditada”.

Los jefes militares afectos al movimiento de 1923 eran quienes dirigían la campaña militar. De la Huerta, no siendo militar, se abstenía de tomar parte directa en cuestiones de carácter militar; y sin embargo, la experiencia que él había adquirido durante sus años de revolucionario, al lado del general Obregón y muchos otros jefes militares de reconocida competencia, le había permitido asimilar conocimientos de estrategia militar propios de un milite experimentado.

Así, en relación con la batalla de Esperanza, él se mostraba contrario a que se diera el combate en aquella región, y lo manifestó telegráficamente a los jefes militares pero todos ellos le suplicaron que retirara aquella orden y que ellos le respondían del éxito del combate. Desgraciadamente la orden fue retirada y la derrota llegó.

De la Huerta consideraba inoportuno presentar combate en Esperanza porque, en primer lugar, desaprovechaban los revolucionarios las ventajas de las defensas naturales como Metlac y Fortín, que son excelentes para tal fin. Esperanza se encuentra en terrenos llanos y quedaba retaguardiada por el camino del volcán. El telegrama en que De la Huerta hacía esas y otras observaciones fue cogido por los telegrafistas de Obregón y fue publicado en la prensa de México. En él decía don Adolfo que en primer lugar, si se reconcentraban sus fuerzas a Fortín y a Metlac, se acercaban más a su base de aprovisionamiento y consecuentemente alejaban a las fuerzas enemigas del suyo. Se evitaba así el posible ataque por la retaguardia sobre el camino al volcán y además, haciendo que el enemigo se acercara a Orizaba y Fortín, quedaba la retaguardia de éste expuesta al ataque de las fuerzas rebeldes que operaban sobre la línea del ferrocarril Interocéánico al mando del general Villanueva Garza. Pero principalmente se aprovechaban las defensas naturales en vez de rudimentarias defensas de piedra que hubieron de improvisarse,

Después de aquel telegrama y de que los jefes militares habían suplicado que se les dejara actuar libremente, llegó a Veracruz el general Higinio Aguilar, a quien habían descartado los demás jefes militares por ciertas rencillas que tuvieron en Esperanza. Cuando Higinio Aguilar conoció el texto del mensaje tantas veces aludido, manifestó al señor De la Huerta que su apreciación era enteramente justa y le preguntó sorprendido si había sido militar. Al informarle De la Huerta que no la había sido nunca y que sólo había acompañado a diversos generales en

sus campañas, Aguilar exclamó: "Pues esa disposición parece dictada por un militar y un buen estratega."

Reforzada así su opinión, el señor De la Huerta insistió en otro mensaje a los generales Guadalupe Sánchez, Antonio Villareal, Cesáreo Castro, Cándido Aguilar, Maycotte, Vivanco, etc., pues quería, además de las ventajas que veía en su plan, aprovechar (aunque eso no lo podía decir entonces) el intervalo de la reconcentración de fuerzas en Metlac para que el viejo general Eugenio Martínez tuviera tiempo de incorporarse a las fuerzas rebeldes como lo había prometido por intermedio de un periodista de apellido Lira que era representante de Excelsior. Eugenio Martínez había enviado recado diciendo que se le esperara, que ya venía. De la Huerta le mandó decir que se incorporara por el rumbo de Tehuacán, que era por donde Martínez andaba, pero las fuerzas afiliadas al movimiento, en lugar de recibirlo como amigo, tuvieron desconfianza y lo recibieron como a enemigo.

(El comentarista preguntó al señor De la Huerta quién comandaba aquellas fuerzas. Don Adolfo tuvo un momento de vacilación, y después, aquella memoria prodigiosa le falló (?). Generosamente contestó "No lo recuerdo")

A continuación me refirió que después oyó, estando en la quinta de Guadalupe Sánchez, en ausencia de éste, y al detenerse un disco fonográfico que estaba sonando, que conversaban en una alacena con licores que Guadalupe tenía, dos personas cuyas voces no identificó. Una de ellas comentaba que don Adolfo había dado instrucciones de que se recibiera como amigo a Eugenio Martínez y sus fuerzas: "¡Figúrese no más —decía aquel incógnito— si con esos tenemos que pelear después!"

Continuando su relato, don Adolfo decía:

"En Veracruz permanecemos hasta el 5 de febrero de 1924 porque no pudimos hacer la defensa allí, pues una comunicación de la Casa Blanca nos previno que no lo permitiría.

"Ya había recibido con anterioridad otra, cuando intentamos el ataque a Tampico, después de la toma de Jalapa.

"En aquella ocasión los elementos militares, haciéndome caso y considerando que después de todo algo se me habría pegado a fuerza de andar en campañas militares con Obregón y muchos otros generales, resolvieron por indicación mía, atacar Tampico y se movió al general José Morán (posteriormente asesinado aquí en México) con órdenes de atacar el puerto.

A la vez mandé la flotilla para que atacara por mar, pero ya estaban allí los acorazados americanos que dieron una hora a nuestras embarcaciones para retirarse. Los barcos americanos estaban no sólo en aguas territoriales, sino en pleno puerto y desde allí ordenaron el retiro de nuestros navíos con el pretexto de que allí había intereses americanos.

"Al recibir mis órdenes de reconcentrarse a Veracruz, el Chino León, comandante del Tampico, me imploró por telégrafo que le permitiera echarle unos cañonazos a aquellos "tales por cuales" aunque después lo hundieran. Naturalmente, no le autoricé tal cosa y tuvo que alejarse de Tampico lleno de justa indignación.

"La actitud intervencionista del gobierno americano para ayudar a Obregón se manifestó clara y abiertamente en muchas formas, tales como el envío de 20 aviones De Haviland que, comandados por O'Neil venían manejados por aviadores americanos, según las informaciones que nos dieron de la costa occidental y estuvieron bastantes días, con pretexto de adiestrar a los mexicanos, lanzando bombas sobre el ejército comandado por el general Enrique Estrada y demás fuerzas que actuaban en los Estados de Jalisco, Colima, Michoacán y Guerrero.

"Por otra parte, fue público y notorio en la capital el envío de armas y parque americanos de que hacía ostentación el general Obregón para demostrar que contaba con ayuda americana, mostrándolo a todo el que quería verlo en Palacio, donde había grandes cargamentos de pertrechos de guerra marcados con las iniciales US que los identificaba como del ejército de los Estados Unidos de Norteamérica, de cuyo país habían sido enviados.

"Varios barcos de guerra norteamericanos se hallaban anclados en aguas del puerto de Veracruz para impedir que cualquiera embarcación extranjera tocara el puerto. De entre ellos el "Tacoma", azotado por un temporal, encalló en los bajos de La Blanquilla y se perdió a la vista del puerto. Por

# U.S. AID FOR MEXICO TO PREVENT BREAK

State Department Feared That  
New Accord Was Threat-  
ened in Revolution

EMBASSY'S NEWS HOPEFUL

Public Ledger Bureau  
Washington, Dec. 30

The drastic reversal of the American  
Government's rigid policy in regard to  
disposing of arms and other war ma-  
terial to Mexican nations, announced by

view of dispatches from Ameri-  
can diplomatic and consular officers in  
Mexico, which were of an optimistic  
and reassuring nature. It had not been  
thought here that the revolution was  
serious, when it leaked out yesterday  
that the Harding prohibition upon fur-  
nishing another Government with war  
supplies had been reversed in the in-  
terests of the Obregon Government.

## Pact With Mexico Endangered

Despite the antecedents of De La  
Huerta, which heretofore inclined Ameri-  
can opinion in his favor, this Govern-  
ment might not, without being extreme-  
ly inconsistent, recognize a Government  
violently set up by him upon the ruins  
of the constitutional order, and without  
regard for the will of the people, as  
determined by a national election. The  
effect of De La Huerta's success, there-  
fore, would be to dissolve the lately re-  
stored relations between Mexico and  
the United States and undo the work  
of the prerogative conference.

The Mexican Embassy made public  
today military advices from Mexico  
City reporting a series of Federal suc-

Traducción:

Traducción:

AYUDA DE LOS EE. UU. A MEXICO PARA  
EVITAR RUPTURA.

El Departamento de Estado temió que el nuevo acuer-  
do peligrara por la revolución.

Las noticias de la embajada son halagüeñas.

Public Ledger Beaureau  
Washington, Dic. 30

El cambio radical de la rígida política del gobier-  
no americano en relación con el embarque de armas  
y otros elementos de guerra

## EL PACTO CON MEXICO PELIGRA

Pese a los antecedentes de De la Huerta, que hasta  
ahora inclinaron a la opinión americana en su favor,  
este gobierno no podría, sin ser extremadamente in-  
consistente, reconocer un gobierno establecido por él  
por la violencia sobre las ruinas del orden constitu-  
cional y sin tomar en consideración la voluntad popu-  
lar expresada en elecciones nacionales. El efecto del  
triunfo de De la Huerta, por tanto, sería disolver  
las recientemente restauradas relaciones entre Méxi-  
co y los Estados Unidos y deshacer el trabajo de la  
conferencia de prerreconocimiento.

Comentario:

—Ahora que ya se sabía en Washington que el  
señor De la Huerta desconocería los convenios de  
Bucareli, el gobierno americano estaba resuelto a dar  
toda ayuda a Obregón en contra de De la Huerta,  
y buscaba explicaciones plausibles para justificar su  
actitud.

## Coolidge Is Ready to Deal With Winner in Mexico

Special Despatch to The World  
WASHINGTON, Dec. 15.—No matter which side wins in the Mexican revolution, the United States will be prepared to go ahead with the full resumption of relations, provided the winner carries out the agreement reached by the Mexican-American Joint Commission.

The attitude of the Coolidge Administration was disclosed to-day in connection with a formal announcement by the White House that H. B. Creager of Texas had been tendered the post of Ambassador to Mexico and had declined.

Mr. Creager, first tendered this appointment by the late President Harding, has recently been chosen

by the late President Harding, has recently been chosen

Traducción:

### COOLIDGE ESTA LISTO PARA TRATAR CON EL TRIUNFADOR EN MEXICO

Despacho especial para The World.

WASHINGTON, Dic. 15.—No importa qué lado triunfe en la revolución mexicana, los Estados Unidos estarán preparados para llevar adelante la completa reanudación de las relaciones, siempre que el triunfador cumpla con el convenio celebrado por la Comisión Mixta México-Americana.

(Nota del comentarista).—Tómese en cuenta la fecha de la anterior información. El gobierno americano estaba dispuesto a continuar los arreglos para el reconocimiento, con De la Huerta, si éste triunfaba, siempre y cuando cumpliera con los tratados de Bucareli. Al recibir la negativa rotunda del jefe del movimiento de 1923, la política americana cambió de rumbo, e invocando diversos pretextos hostilizó a los revolucionarios y ayudó a Obregón en forma bien conocida, interviniendo así en nuestra política anterior.

humanidad tuvimos que darles auxilio; todos los barcos que teníamos en diversos servicios en la costa, fueron destinados a salvar la tripulación del barco encallado. Allí murió precisamente el capitán del "Tacoma"; su cadáver fue velado en la Escuela Naval de Veracruz, la misma que, por extraña coincidencia, él había cañoneado en abril de 1914.

"Aquel gesto de nobleza y caballeridad por parte de los dirigentes del movimiento de 1923, no influyó para nada en la actitud de las unidades de guerra norteamericanas que habían impedido y continuaron impidiendo toda comunicación telegráfica o marítima y toda entrada de embarcaciones no solamente americanas, sino de cualquier otra nacionalidad al puerto dominado por el movimiento revolucionario.

"Desde la iniciación del movimiento contábamos con un puerto de mar puesto que el movimiento se había iniciado en el puerto de Veracruz; es decir: contábamos con una entrada legítima por la cual aprovisionarnos de los elementos que nos hacían falta, pero los barcos americanos vinieron a impedir que cualquier embarcación tocara el puerto y siguiendo su forma acostumbrada, dieron órdenes a Cuba y a la América Central para que se abstuvieran de vender armas y parque que los agentes revolucionarios trataban de adquirir.

"De la única región de donde pudo haber oportunidad de conseguir algunos miles de armas fue de Belice. El gobernador de Belice, cuando estábamos en Frontera, me mandó una comunicación por conducto de un enviado diciéndome que si yo iba a hablar con él, tendría elementos que me vendería en el terreno comercial. Entiendo que tenía unos cinco mil rifles y alguna cantidad de parque. No quise entenderme con él porque, en primer lugar, era miembro del gobierno de otro país. Yo habría podido tratar con particulares, pero no con un gobierno extranjero, pues habría incurrido en el mismo error que cometía Obregón y por el cual traicionaba a su patria al aceptar la intervención de una potencia extranjera en los destinos interiores de México. Además, no quise pasar por Mé-

rida; no deseaba entrevistarme con los desobedientes a mis órdenes en el caso de Carrillo Puerto en que, actuando por antagonismos locales y desoyendo mis órdenes precisas de que respetaran la vida de Carrillo Puerto, y a pesar de que envié a Gustavo Arce con instrucciones de que me lo trajera salvo, aquellos señores ejecutaron su propósito de suprimirlo.

“Como recordará usted, envié a los responsables durísimo mensaje reprobando su actitud, acusándoles de haber manchado la revolución con un crimen. Posteriormente recibí un enviado del general Ricárdez Broca explicándome que él no había tenido nada que ver con lo sucedido; que había sido presionado por los cuatro capitanes de las compañías del 18º Batallón pero que ese movimiento no era espontáneo de esos capitanes, que habían sido movidos por el coronel Hermenegildo Rodríguez quien después cambió su nombre por el de Madrigal.

“No sé si recuerda usted (dirigiéndose al transcriptor y comentarista) que pretendió verme allá en Nueva York. El doctor Ferrer trató de obtener una entrevista para él, pero me negué, pues por la aclaración que me hizo Ricárdez Broca, aparecía como el responsable del fusilamiento de Carrillo Puerto. La situación de Ricárdez Broca había sido casi la de un prisionero. No tenía mando de fuerzas, era jefe de la plaza cuando se les ocurrió nombrarle gobernador y aquel Rodríguez, según parece, fue quien manejó y manipuló el movimiento de Yucatán, influenciado, al parecer por grandes capitalistas terratenientes y como sabían que tenían el respaldo del pueblo, pues parece que las actuaciones gubernamentales de Felipe no habían sido todo lo acertadas que fuera de desear, encontraron el ambiente propicio e hicieron un levantamiento que apareció como secundando el movimiento de 1923, pero en realidad yo no tenía ni noticias de que esos amigos estuvieran dispuestos. Entiendo que ni Guadalupe Sánchez los había invitado.

"El movimiento de Yucatán fue, pues, independiente y cuando se sumó al de 1923, le acepté en éste para aprovecharlo con los elementos todos que así lo hicieron. La adhesión fue comunicada telegráficamente al general Guadalupe Sánchez y el telegrama le llegó cuando festejaban su santo el 12 de diciembre. Recuerdo que le hice el comentario de que le llegaba como cuelga.

"Por todas aquellas razones me resistía a pasar por Yucatán.

(Al llegar a esta parte de la narración, el comentarista formuló pregunta aclaratoria en estos términos: "¿Creía usted que la actitud de Washington ayudando a Obregón y obstaculizando el movimiento de 1923 era consecuencia de informaciones equivocadas; que Washington, mal informado, desconocía el respaldo que el pueblo mexicano daba al movimiento encabezado por usted?")

"No —se me contestó—, Washington actuaba dentro de sus conveniencias sin importarle lo que ello significara para México.

"Tenían los Estados Unidos un arreglo con Obregón por el que se les concedían derechos extraterritoriales, como son los Tratados de Bucareli, y les interesaba conservar esa situación ventajosa para sus intereses. Tan fue así que vino a verme el cónsul Wood, trayendo como intérprete al vicecónsul Mayer (quien habla muy bien español y muchas veces, después, ha dicho y repetido a quien ha querido oírle: "De la Huerta no tuvo el reconocimiento de la beligerancia porque no quiso".) Efectivamente, se presentaron a la llegada de un delegado especial de Washington ante mí en Veracruz, para preguntarme si yo apoyaba o reconocía los tratados de Bucareli celebrados por Warren y Payne. Yo les pregunté por qué era su investigación y me dijeron que el gobierno americano quería saber cuál era mi actitud respecto a esos tratados. Esto acontecía a fines de 1923. "¿Que si yo apruebo los tratados de Bucareli?... ¡con que por eso fue el pleito, como



dijo el cucho" (Hubo que hacerle la explicación a Mayer para que entendiera aquello). Wood, después de cambiar algunas palabras con el delegado dijo: "Señor De la Huerta, nosotros nos hemos dado cuenta del respaldo que tiene de todo su pueblo, de todo el país, y quisiéramos que no quedara usted descartado de la amistad de los Estados Unidos. ¿Por qué no contesta usted diplomáticamente que va a estudiar el asunto? No dé una negativa tan rotunda."

"No —repliqué—, yo no puedo dejar un sólo minuto de duda sobre mi actitud con respecto a esos arreglos que ustedes mismos, en su conciencia, reprueban. Estoy seguro de que el señor Hughes y todos los elementos de su gobierno se dan cuenta de la infamia que cometen con mi país los hombres que actualmente dirigen su gobierno, después de haber oído mis puntos de vista y de haber quedado convencidos de que no debían exigir tratado previo ni privilegios especiales para sus nacionales, como se ha establecido.

—"Sin embargo, mi consejo sería ése: que dijera usted que los va a estudiar.

—"Pero ¿cómo voy a decir que los voy a estudiar, si son asuntos que tengo perfectamente estudiados? Desmentiría a ustedes si lo dijeran. No quiero que se crea, ni ahora ni nunca, que he tenido vacilación alguna sobre ese punto. Lo sola sospecha de que yo hubiera podido vacilar, sería una mancha que caería sobre la cabeza de mis hijos.

—"Pues lo siento mucho —replicó Wood— porque realmente un hombre como usted, que tiene toda la opinión pública de su parte y que hemos visto que aquí hay más un gobierno que una revolución, pues está usted dando garantías que no siempre se encuentran dentro del terreno que domina Obregón, no quisiéramos que quedara usted descalificado.

—"¿Qué hemos de hacer!"

—"Pues va usted a perder.

—"No vine a ganar. Vine, muy principalmente, a demostrarles a ustedes que esos arreglos no tienen la aprobación del

pueblo y por eso el pueblo está conmigo, porque sabe que esa es la bandera que yo sigo y que ese es, fundamentalmente, el motivo de mi actuación contra el gobierno de Obregón.

—“Pues es lamentable. . .

“Después de una hora de insistencia aquellos señores se retiraron habiendo intentado inútilmente conseguir que yo aceptara los Tratados de Bucareli y prometiendo a cambio el reconocimiento de la beligerancia y que nos dejarían en libertad de resolver nuestros conflictos internos por nosotros mismos, siguiendo la política de HANDS OFF.”

La anterior relación de don Adolfo de la Huerta deja establecido sin el menor género de duda que la actitud de los Estados Unidos de Norteamérica ayudando a Obregón con fondos (veinticinco millones de pesos primero y luego otras cantidades de los petroleros), material de guerra, etc., y obstruccionando el movimiento de 1923, se debía a que sabían que, de haber triunfado al movimiento, los tratados de Bucareli, en los que Obregón traicionaba los intereses de su patria haciendo concesiones vergonzosas a cambio del reconocimiento, se habrían venido abajo.

Los Estados Unidos, en consecuencia, INTERVINIERON ECONOMICA Y MATERIALMENTE en nuestros asuntos interiores, pues ya hemos visto que hasta aviadores americanos bombardearon las fuerzas delahueristas, y el precio que pretendían por mantenerse en la neutralidad a que estaban obligados por todas las normas de derecho, consistió en pedir que se les ratificaran los fatidicos convenios de Bucareli. En otras palabras, exigían un precio por cumplir con su deber. El hecho de que ellos mismos, en pláticas anteriores con el señor De la Huerta hubieran convenido en la justicia que le asistía al negarse a la celebración de un tratado previo y al otorgamiento de concesiones especiales a ciudadanos norteamericanos, quedaba olvidado ante la posibilidad de obtener un beneficio económico que les había brindado la baja intriga de Pani y los celos políticos de Obregón que disminuían cada vez más su estatura moral, en tanto que la de don Adolfo de la Huerta se agigantaba,

## LA SALIDA DE DON ADOLFO DE LA HUERTA A LOS ESTADOS UNIDOS

**Y** A ha quedado establecido de manera clara que los Estados Unidos intervenció en nuestra pugna interna ayudando al gobierno del general Obregón y estorbando en todos sentidos la actuación de la protesta armada.

Por esas razones el movimiento que contaba con el respaldo de todo el pueblo mexicano, fue siendo aplastado, ya que no es posible luchar sin armas, y la intervención americana nos impidió obtenerlas en el extranjero.

Cuando, después del desastre de Esperanza, las fuerzas delahuertistas se replegaron a Veracruz, se había ya elaborado un plan militar bien estudiado para defender el puerto, pero nuevamente los Estados Unidos hicieron sentir su amenaza en telegrama procedente de la Casa Blanca, y en el que se decía con toda claridad que si se disparaba un sólo cartucho en la ciudad, los marinos americanos desembarcarían.

Don Adolfo no quiso en manera alguna provocar el conflicto internacional, por mucho que le asistiera la razón y el derecho, y por ello ordenó la evacuación del puerto jarocho que quedó más de una semana sin fuerzas delahuertistas y sin que entraran las fuerzas obregonista que venían avanzando con cautela y que Obregón no lanzó al ataque porque sabía que su aliado obligaría al señor De la Huerta a abandonar la plaza bajo la amenaza de una intervención militar.

Los jefes militares que encabezaban el movimiento delahuertista (como ya entonces se llamaba) sabían perfectamente cuál era la situación y en diversas ocasiones pidieron al señor De la Huerta que arreglara que los Estados Unidos dejaran de intervenir, y ellos respondían del resultado. "Gáñenos usted la batalla de Washington —le decían— y nosotros le respondemos de las de aquí."

Naturalmente que el señor De la Huerta había tratado de hacerse oír en Washington por los mismos hombres (Hughes) con los que había discutido y llegado a un acuerdo que ahora ellos desconocían por virtud de los tratados de Bucareli y sus ventajas. Con objeto de recordárselo, había enviado primero al Lic. Juan Manuel Álvarez del Castillo, quien trató en vano de llegar a los interesados y a quien no permitieron más que hacer algunas declaraciones, entre otras la que en

nombre de don Adolfo de la Huerta se publicó declarando que al asumir la actitud de rebeldía armada, el señor De la Huerta se consideraba impedido definitivamente para ocupar la presidencia de la República para la que había sido candidato. Tales declaraciones nulificaban efectivamente la versión que se había pretendido dar a su actitud y que le atribuía simples ambiciones políticas como único fundamento de su actitud antagónica al gobierno de Obregón.

Pero eso fue todo lo que consiguió el Lic. Alvarez del Castillo, pues por más esfuerzos que hizo, ni quisieron publicarle más amplias declaraciones ni menos se le permitió acercarse a los dirigentes del pueblo norteamericano.

Envío después don Adolfo al Lic. Rafael Zubaran Capmany, más para darle una oportunidad de sentirse fuera de peligro que porque esperara que fuera mejor recibido. Sus gestiones fueron igualmente infructuosas.

Mientras tanto, la ayuda dada a Obregón por nuestros poderosos vecinos se hacía sentir cada vez más y la lucha desigual daba triunfos a las fuerzas de Obregón y obligaba a replegarse a los casi desarmados elementos que apoyaban la actitud de don Adolfo de la Huerta.

El pueblo todo de México respaldaba a don Adolfo, eso es innegable, y por eso creía que el movimiento de 1923 arrollaría en brevísimo tiempo la resistencia enemiga y derrocaría el gobierno de Obregón.

Recuérdese, si no, cómo la gente en la capital de la República creía que en el plazo de una semana las fuerzas delahuertistas entrarían en la ciudad. Recuérdese el pánico en las oficinas de gobierno, en donde se hacían precipitados aprestos para una evacuación.

Recuérdese la sorpresa de todos cuando después de la toma de Jalapa pasó una semana y dos sin que se atacara la ciudad de México.

"¿Qué esperan los delahuertistas?", decía la gente.

Ya no se trataba de especular sobre el posible triunfo del movimiento. Eso se daba por descontado; lo que no se comprendía era por qué las fuerzas revolucionarias no entraban ya en la capital.

La verdad, como ya ha quedado dicho, era que Obregón se creyó lo de las dos columnas de diez mil hombres cada una y ordenó a sus fuerzas que esperaran el ataque. Y el ataque, ya sabemos, no podía llegar porque los amigos de Guadalupe Sánchez no le respondieron, porque los escasos elementos con que se contaba no tenían parque; porque el parque no podía llegar por mar pues los acorazados americanos estaban allí para impedirlo, etc., etc.

Un día el general Carlos Greene le comunicó a don Adolfo que su hermano, a quien él llamaba "el gringo" porque era ciudadano ameri-

cano, pues estudió medicina en los Estados Unidos, se recibió allá y se nacionalizó norteamericano, había llegado de Washington y le informaba que la situación era muy poco favorable para el movimiento de 1923. El doctor Greene era una especie de agente oficioso que teniendo a sus hermanos Alejandro y Carlos en las filas de los pronunciados, quiso explorar allá y estuvo algún tiempo en Washington pulsoando el ambiente. De allá venía para traer informes. Que había muy pocas esperanzas; que se reconocía cierta justificación al movimiento; que la cabeza visible de él, o sea don Adolfo de la Huerta, estaba acreditada como persona buena, como hombre de bien, de extraordinaria honradez y patriotismo, pero que no podían ellos actuar de otra manera. Que habiendo garantizado el gobierno de Obregón los intereses americanos, tenían que apoyarlo de manera definitiva. Que sabía que Hughes había emitido algunos juicios personales en favor de De la Huerta, diciendo que había sido un trance muy duro para él (Hughes) dar una resolución contra un hombre a quien él reconocía como patriota y como hombre de bien.

Las declaraciones de Hughes, tronantes en contra del movimiento de 1923, fueron hechas poco tiempo después de que el cónsul Wood y el enviado especial de Washington habían entrevistado al señor De la Huerta en Veracruz y que éste les había manifestado de manera terminante que no solamente no ratificaría los Tratados de Bucareli, sino que ni siquiera aceptaba que se diera la versión de que iba a estudiar ese punto.

Los hermanos Carlos y Alejandro presentaron a su hermano el doctor Greene con don Adolfo y le dijeron que esperaban que oyera la infomación que aquél traía y que creían que iba a ser necesario que el propio De la Huerta fuera a Washington para tratar de aprovechar las pocas esperanzas que quedaban, puesto que podía tener alguna probabilidad de éxito. Que el doctor no aseguraba que la presencia de De la Huerta en los Estados Unidos fuera suficiente para cambiar la política americana, para que se abstuvieran de intervenir, pero que si había alguna posibilidad.

El consejo del doctor Greene era bastante sensato. Don Adolfo, en su visita a los Estados Unidos, un año antes, como secretario de Hacienda, había entrevistado al presidente Harding por invitación expresa de éste, y al secretario de Estado Hughes y había conseguido convencerles de que no debían exigir tratado previo para otorgar el reconocimiento al gobierno de Obregón, ni tampoco debían pedir ni esperar que nuestra legislación interior fuera orientada por intereses americanos o que se concediera a los nacionales de su país privilegio

alguno sobre los mexicanos. Por tanto, la presencia de De la Huerta en Washington, habría sido un reproche para Hughes y era posible que lograra hacer cambiar la actitud de los Estados Unidos.

Después de la conversación con los hermanos Greene, en la que el doctor describió la situación tal como la veía en Washington, éstos pidieron que De la Huerta hiciera el viaje. Don Adolfo les pidió tiempo para pensar sobre el particular, pues consideraba importante la información recibida. Los Greene, que daban mucha importancia a las informaciones de su hermano, pues era hombre serio y sensato, convocaron a los demás generales: Segovia, Gutiérrez, Jorge Vidal, Cándido Aguilar y varios otros, hablaron con ellos y todos juntos fueron a ver a don Adolfo para comunicarle (como quedó dicho) que en su concepto él debería hacer la gestión personalmente en Washington. Don Adolfo les dio la misma contestación que a los Greene haciéndoles ver, además, que en aquellos momentos no era conveniente su salida, porque precisamente se había anunciado el avance de las fuerzas del gobierno que se acercaban a la Central Fournier que es la entrada al Estado de Tabasco y acababan de girarse instrucciones al general Benito Torruco, quien se encontraba en Minatitlán, para que les saliera al encuentro. No procedía pues, explicó, que en aquella situación difícil bajo el punto de vista militar, saliera él de viaje, pues ello podría ser mal interpretado y aun desalentador para las fuerzas que iban a dar la batalla contra los gobiernistas.

El Estado de Tabasco a la sazón se hallaba enteramente controlado por el movimiento, así como los de Campeche, Yucatán, Quintana Roo, Chiapas, Oaxaca, Jalisco, Colima, etc., un gran número de Estados. No era una situación difícil personal para el señor De la Huerta, pues suponiendo que le hubiera faltado valor para sostener la situación, tenía cerca la frontera de Quintana Roo.

Durante los días de espera que De la Huerta había pedido para considerar el asunto de su viaje, se efectuó la batalla entre las fuerzas del general Benito Torruco y las gobiernistas, a las que Torruco derrotó en forma decisiva, pues las hizo retroceder cerca de treinta kilómetros levantando ellos mismos la vía del ferrocarril para escapar de la persecución del enemigo. Torruco, al rendir su parte, informó al jefe De la Huerta que, después de la derrota y la forma de la huida, el enemigo no podría avanzar antes de un mes, pues necesitaría cuando menos ese tiempo para reparar la vía destruida por él mismo.

Entonces el general Cándido Aguilar se acercó a don Adolfo para hacerle ver que el escrúpulo que había mostrado ya no existía porque con el resultado del combate, había plazo suficiente para hacer el viaje

de ida y vuelta a Washington. En tales condiciones el señor De la Huerta, en presencia de los generales Greene y Segovia, que se hallaban con él, aceptó y prometió salir para los Estados Unidos en un plazo de dos días. Los generales se mostraron complacidos y prometieron a don Adolfo que ellos le responderían del aspecto militar del problema durante su ausencia.

Hubo una junta de generales y en ella se acordó el viaje de don Adolfo, levantándose un acta de aquella resolución con las debidas formalidades y a petición expresa del señor De la Huerta. "Parece —dijo al transcriptor— que hay copia de esa acta en poder del general Fernández (Guillermo Fernández, general y ferrocarrilero). Según informes de otras personas, el general Aguilar tiene también copia de esa interesantísima acta."

En la noche de aquel día se presentaron al señor De la Huerta el comandante Illades y el coronel Reyna diciéndole que algunos acontecimientos, de los que se habían percatado, les obligaban a decirle que debía salir inmediatamente de Frontera. Illades nunca quiso decir a qué obedecía aquella urgencia, pero De la Huerta sospechó que se trataba de algo que tramaban los compañeros de armas de Illades. Debe recordarse, al efecto, que este comandante había manifestado en Veracruz a don Adolfo, que él no podía reconocer el movimiento pues tenía metido entre ceja y ceja su deber, de acuerdo con la Ordenanza. Es lógico suponer que sus compañeros de armas, que sabían que él no había reconocido el movimiento, le hayan dado algún informe relativo a que el barco "Zaragoza" venía ya a Frontera en actitud hostil. El comandante Morel, de dicha embarcación, había sido depuesto por la tripulación y el propio Morel se había reconcentrado a Frontera. Illades probablemente no quiso que se llevara a cabo en contra de De la Huerta un acto inmoral por parte de sus compañeros marinos, pues además, según él mismo había expresado, en el curso del tiempo que había estado con el movimiento, aunque sin reconocerlo, había aprendido a estimar y respetar al jefe de él, señor De la Huerta.

Antes de salir de Frontera, don Adolfo pretendió obtener pasaporte del vicecónsul americano y éste se negó a dárselo, diciéndole que solamente que renunciara a la Suprema Jefatura. Que como particular, le podía extender el pasaporte, pero como jefe de la revolución, por ningún motivo se le permitiría la entrada a los Estados Unidos. De la Huerta le presentó numerosos argumentos, le dijo que iba precisamente a tratar con su gobierno; que si creía que iba a violar alguna ley, podría ir en el braco que él le indicara y aun acompañado de personas que él eligiera para que viera que a lo que él iba era a convencer al gobierno

americano de que no interviniera más en nuestros asuntos internos. Pero el vicecónsul se negó rotundamente. De ahí le vino la idea al señor De la Huerta de hacer el viaje vía Cuba, acordándose de que estaba pendiente un envío de parque que, furtivamente, trataba de hacer Froylán Manjarrez y que podía tal vez ayudarle. Así —razonaba— ayudaba al movimiento en la cuestión del embarque del parque y de allí buscaría la manera de entrar a los Estados Unidos para llegar hasta Washington.

Fue entonces cuando el comandante Illades y el coronel Reyna vinieron a decir a don Adolfo que era urgente que no demorara su viaje, que debería salir inmediatamente. Se negaron a explicar las razones de la urgencia, como ya se ha dicho. Don Adolfo no aceptó partir de inmediato como se le pedía, sino que transó resolviendo no salir hasta el día siguiente, como era su proyecto original, sino partir a la media noche de ese mismo día. Llamó al que esto escribe y que a la sazón fungía como su secretario particular en la guardia nocturna y le ordenó que estuviera listo para salir al primer aviso. Posteriormente, aquella misma noche, le dio instrucciones para que hiciera lastrar el "Tabasco" a fin de que pudiera cruzar la barra y que saliera con él, explicando que, después de salir ya el comandante de la embarcación tenía instrucciones de lo que había que hacer.

A media noche don Adolfo se encaminó al muelle donde Rafael Sánchez de la Vega tenía instrucciones de llevarle el dinero necesario que estuviera disponible, deduciendo lo requerido para pagar los gastos todos de un mes. Rafael Sánchez de la Vega era el pagador general, y el llevó ocho mil y pico de pesos en oro, más alguna otra cantidad que había en la Secretaría Particular y que le llevó Mario Hernández, con lo que se hizo un total de alrededor de diez mil pesos oro nacional.

En el muelle, adonde fue acompañado por el general Aguilar y las otras personas ya mencionadas, don Adolfo se embarcó en un remolcador de nombre "La Exploradora" que lo condujo a las cercanías de Campeche, donde transbordó al "Tabasco".

Ya en ruta para Cuba, se recibieron numerosos radiogramas del "Zaragoza" que preguntaba insistentemente dónde estaba el "Tabasco". Naturalmente no se contestó ni se envió mensaje de ninguna especie para evitar que el "Zaragoza", que venía dándonos caza aunque sin haber logrado localizarnos, pudiera conseguirlo. Aquella persecución se comprobó posteriormente por las declaraciones de Camiro (comandante del "Zaragoza") al llegar a México.

Poco antes de salir don Adolfo de Frontera, tuvo un fuerte disgusto con el general Cándido Aguilar por alguna mala información que había



recibido acerca de él, pero aclarada aquella información como errónea, en parte porque don Adolfo quiso borrar la injusticia que había cometido con él aceptando una posible connivencia del general Aguilar con los marinos que se habían declarado en contra del movimiento y en parte también, en consideración a sus antecedentes de viejo revolucionario, le extendió nombramiento en forma muy laudatoria, dejándole provisionalmente como jefe del movimiento durante su ausencia y aclarando al propio Aguilar que por las conversaciones que antes había tenido con los altos jefes del gobierno americano, esperaba conseguir que reconsideraran su actitud y se abstuvieran de intervenir en nuestros asuntos internos, pero que si no lo conseguía, y tenía alguna dificultad para regresar a Tabasco, iría a Sonora a establecer allá el gobierno provisional, pues creía contar con el apoyo de sus paisanos y parece que también con el de los yaquis; y que posiblemente al formar el gobierno allí, necesitaría al general Aguilar, así éste debía estar pendiente de sus resoluciones.

Cuando el señor De la Huerta comunicó al resto de los jefes militares que había nombrado a Aguilar como jefe interino del movimiento, le dijeron: "Mire, jefe, apreciamos al general Aguilar; lo estimamos como viejo revolucionario, tanto Segovia, como los Greene y Vidal, pero acabamos de saber que usted tiene un telegrama participándole la llegada de Salvador Alvarado a Nueva York. Como él ha sido nuestro jefe aquí en el sureste y es un gran militar, lo consideramos superior al general Aguilar ¿por qué no nos lo manda?". Don Adolfo prometió cambiar impresiones con el general Alvarado y comunicarles el resultado oportunamente.

La idea de nombrar a Alvarado en sustitución de Aguilar hacía innecesaria la presencia del señor De la Huerta en Tabasco. Podía llegarse a Sonora y llamar a Aguilar a su lado. No podía decir a éste la opinión de sus compañeros militares porque habría sido sembrar el cisma; le habría restado confianza en sus órdenes y en sus decisiones y por ello guardó para sí tales apreciaciones.

## CON PASAPORTE AJENO

**E**L señor De la Huerta, con pasaporte de Pérez Heredia, cuya letra estuvo tratando de imitar con poco éxito en la oficina de inmigración americana de Key West, entró a los Estados Unidos. Parece sin

embargo que a pesar de que la diferencia de caracteres fue explicada como consecuencia de un fuerte mareo, las autoridades americanas no lo creyeron del todo y posteriormente hicieron aclaraciones sobre la falsedad de la firma.

Aquella sustitución de personas, que fue teleografiada a Washington, dio al gobierno americano una causa justificada para poder ordenar la detención de don Adolfo y evitarse así la situación embarazosa que su presencia le habría causado recordándoles sus promesas incumplidas y su compromiso de no tomar ingerencia alguna en asuntos de nuestra legislación interior. Las órdenes de aprehensión fueron dadas en forma terminante. Un senador americano, amigo de don Adolfo, a quien éste le había pedido que le entrevistara en el hotel (el senador Burson, de Nuevo México) al encontrarse con De la Huerta en Nueva York, le dijo: "Ya en Washington tienen noticias de que ha entrado usted con un pasaporte que no es el suyo, burlando a las autoridades americanas y corre usted peligro inminente, porque si lo detienen lo entregan a sus enemigos, pues como mexicano, lo tienen que deportar a México por haber violado la ley americana, que es un asunto tan delicado aquí. Así es que mi consejo es que no vaya usted a presentarse en Washington, porque no lo dejarían llegar a la Secretaria de Estado ni a la Casa Blanca a hablar con Hughes; lo aprehenderían en el camino. Si aquí mismo se exhibe usted, cualquiera que lo encuentre lo haría aprehender." Burson era amigo de Hughes, venía del Departamento de Estado y sabía perfectamente el peligro en que estaba don Adolfo. "Procure que no lo vea nadie —le decía— porque hay órdenes por todos lados para que se le detenga a usted." y añadía: "Ocúltese, porque aquí corre usted tanto peligro como como en cualquier Estado de su país."

Como coincidencia curiosa, el comentarista quiere referir que en esos días, teniendo algún tiempo libre, entró en un teatro en los que había cine y variedad. Trabajaba allí el famoso vaquero humorista Will Rogers. Aquel tejano tenía la costumbre de salir a escena manejando un pequeño lazo con habilidad poco común, y en tanto que lo hacía florear en diversas formas, monologaba ingeniosamente sobre tópicos de actualidad. Aquella noche Rogers dijo poco más o menos: "He visto algo sumamente raro: Un ex presidente de México... ¡VIVO!". Por supuesto que Rogers no había visto a don Adolfo, ni siquiera imaginaba que se encontraba cerca de él. ¡Qué gran sorpresa se habría llevado si hubiera sabido que el interesado se encontraba a unas cuantas calles del teatro!

Don Adolfo se entrevistó con el general Alvarado, le comunicó la opinión de los generales y le preguntó si quería ir a Tabasco a sustituir

a Cándido Aguilar en la jefatura provisional para que éste se viniera a alcanzar al señor De la Huerta o prefería irse con él a Sonora, dado que los informes de Burson le hacían comprender que no había nada que esperar en el sentido de hacer variar la política de los Estados Unidos en contra del movimiento de 1923. "No —contestó Alvarado— a Sonora no puedo ir. Tú sabes que me desprestigiaron allí Maytorena, Obregón, Calles y todos. Me hicieron pedazos y yo no he tenido tiempo de ir a defenderme allí; en cambio en el sureste tengo mi fuerza. Yo quiero irme para allá."

—Bueno, pues vas y le dices a Cándido Aguilar que vas a sustituirlo porque a él lo voy a necesitar. Que venga a incorporarse conmigo a la frontera y que busque a Alfonso mi hermano, quien ha de localizarme.

Así, De la Huerta extendió el nombramiento a Alvarado. Alguien supo esto y se lo comunicó al general Cándido Aguilar, quien, naturalmente, sin conocer detalles, se contrarió creyendo que se había obrado deslealmente en su contra y que se mandaba a Alvarado para que le sustituyera dejándose en condiciones muy desfavorables entre los suyos. Posiblemente, como el propio señor De la Huerta ha explicado a este comentarista, aquella actitud de Cándido Aguilar era excusable, pues desconocía la opinión de los militares, desconocía también los propósitos de don Adolfo de utilizar su cooperación en el norte y además aun era Aguilar un hombre joven y no podía pedirle la madurez de criterio que adquirió después. Por su parte, don Adolfo tampoco podía comunicar todos sus planes, cuyo éxito dependía de la más completa reserva. Alvarado los conoció y en su peculiar estilo de hablar dijo: "Eso sí: a tu tierra, grulla, que las otras no son la tuya. Allá es donde tú debes ir. Yo estoy declarado hijo predilecto de Yucatán, así es que allá voy yo."

Tanto Aguilar como Jorge Prieto Laurens estuvieron poniendo telegramas a don Adolfo dirigidos a los Estados Unidos. Esos telegramas, indiscretos, por no llamarlos de otra manera, dieron por resultado que Obregón supiera con certeza que De la Huerta se encontraba en el vecino país y naturalmente, Obregón, que conocía el ascendiente de don Adolfo sobre la tribu yaqui y el respaldo con el que contaba en Sonora, no necesitó mucho cavilar para suponer con acierto cuál era el destino de De la Huerta. Inmediatamente mandó a marchas forzadas un contingente de diez mil hombres para tapizar Sonora a fin de no dejarle entrar por ningún lado.

Por más que Obregón negara públicamente cualquier cualidad a De la Huerta, sabía de sobra, pues le conocía muy bien, que llegada una

situación difícil, don Adolfo sabría capotearla. Por otra parte, sabía muy bien el respaldo que los yaquis le darían, pues los que le habían ayudado a triunfar en los combates de Santa Rosa y Santa María, sobre todo en éste último, habían sido traídos de la sierra por De la Huerta.

## INTENTO DE ENTRAR POR EL NORTE.— FRANCISCO R. VELÁZQUEZ

**T**ERMINADOS los asuntos de Nueva York, don Adolfo, en compañía de Enrique Seldner, salió para Phoenix, Arizona, donde se encontró con el que esto escribe, quien se le había adelantado para dar instrucciones a su hermano, el general Alfonso de la Huerta.

Ya en Phoenix, don Adolfo mandó llamar a Francisco R. Velázquez, que se había manifestado partidario del movimiento. Había sido un gran simpatizador de De la Huerta, quien en otra época le nombró gobernador interino de Sonora por pocos días. Acudió Velázquez al llamado del señor De la Huerta y éste le dio instrucciones para que alistara una partida, aunque fuera pequeña, para que él pudiera pasar a territorio mexicano.

Era aquel un plan desesperado, quizá descabellado, pues ya teníamos noticias de los contingentes que Obregón había mandado a Sonora, pero el señor De la Huerta estaba dispuesto a batallar hasta lo último, aunque fuera en tan desventajosas condiciones.

Se proyectaba entrar en compañía de diez hombres, para instalar el gobierno provisional en un sitio cercano al Cerro de la Gamuza. Al estar listo ese "ejército" en la frontera, debería avisarnos para que con todo sigilo nos incorporáramos. Acompañaría a Francisco Velázquez el mayor Rábago, con cuño que era de Froylán Manjarrez, muchacho muy leal y valiente, además Benito Peraza y Juan Córdoba.

Dos días después tuvo noticias don Adolfo de un "manifiesto" que iba a lanzar Velázquez y que señalaba lineamientos políticos sociales enteramente distintos de los que él le había dado.

Hablaba aquel manifiesto de dar garantías al capital; de poner las cosas en orden; atacaba a Calles; en fin, una serie de tonterías o errores. De la Huerta no podía comprender qué le había pasado a Velázquez, no parecía sino que hubiera estado en estado de embriaguez cuando redactó tal documento. Mandó hacer averiguaciones y le avisaron de "allá" que se había vuelto a Phoenix y que estaba en su casa.

Entonces envió a este comentarista con instrucciones de traerle consigo. (Y para mayor claridad permitaseme hacer la siguiente relación en primera persona). Llegué a la casita que en las afueras de una pequeña población vecina habitaba Velázquez; encontré a su hijo, muchacho como de veinte años y le dije que venia por su padre pues el jefe quería hablar con él; que ya sabia que se encontraba en la casa. El muchacho aceptó desde luego la presencia de su padre, pero me advirtió que estaba completamente loco. "Pues loco o cuerdo, yo tengo instrucciones de llevarlo con el jefe y tengo que cumplirlas". Fue a hablar con el padre y a poco se presentó éste, diciéndome: "Si el jefe quiere hablarme, que venga ¿por qué he de ir yo?". Poco tardé sin embargo en convencerle de que su papel era obedecer y emprendimos el viaje. Yo manejaba el Ford y sólo recomendé al hijo que cuidara a su papá no fuera éste a apretarme el cuello mientras yo manejaba. No hubo ningún conato de ataque, pero era evidente que el pobre hombre estaba enteramente trastornado. Mirando unos sembrados me decía: "Ve: ¿ya ve por qué no se dan las cosechas? Es que esta gente no sabe la matemática" y otros disparates por el estilo.

La entrevista con don Adolfo fue violenta. El jefe le reprochó su conducta y lo acusó de fingir enajenación mental para no cumplir con la comisión que se le había dado y el loco se enfureció y trató de arrojarle a la cabeza una gran escupidera de latón. Se interpuso don Adolfo Pecina, que estaba presente, y recibió un baño de agua no muy limpia y colillas de cigarro. Había sido precisamente Pecina quien había informado al señor De la Huerta sobre el retorno de Velázquez.

El jefe se convenció así del estado mental de aquel pobre hombre quien, en un momento de lucidez le dijo que un amigo, que se había hecho pasar por correligionario, le había dado un vaso de cerveza al que le notó un sabor raro y que acabando de tomarlo perdió el conocimiento.

En tales condiciones el jefe de la proyectada expedición, hubo que prescindir de ella y mandar al pobre a un hospital, donde murió al día siguiente.

## PROFUGOS DE LAS AUTORIDADES AMERICANAS

**D**OS días después del fiasco de aquella fracasada incursión a territorio mexicano, el amigo Pecina informó al señor De la Huerta que el administrador de correos de Phoenix, un individuo de apellido John-

son, tenía conocimiento de que nos encontrábamos en aquella ciudad y que él, como simpatizador de don Adolfo, le daba aviso para que a su vez nos lo transmitiera, diciendo poco más o menos: "Yo sé que usted está en contacto con De la Huerta; no me lo niegue, porque no quiero oír una contestación que implique una duda sobre mi lealtad y sinceridad de amigo para usted." "No —contestó Pecina— no se lo niego." "Bueno, pues yo sé que él está aquí y ya el Departamento de Justicia tiene conocimiento de ello. Sáquelo de aquí porque si no, lo van a detener mañana mismo."

Esa noche salimos precipitadamente con tal género de precauciones que parecían exageradas para quienes no conocíamos la verdadera y peligrosísima situación, pues tampoco sabíamos lo relativo al pasaporte falso, ya que don Adolfo entró a los Estados Unidos un día antes que el que esto escribe. Tampoco sabía nada de los informes que el senador Burson había dado, ni del aviso de Pecina sobre la inminencia de un arresto. Nada de ello me había dicho don Adolfo, y por tanto yo ignoraba que las autoridades federales, tanto como las locales en su auxilio tenían órdenes precisas de aprehender al señor De la Huerta y acompañantes.

Aquel Johnson que le dio el aviso a Pecina, le explicó que en parte desobedecía las órdenes que él mismo había recibido, porque sabía que De la Huerta era un hombre de bien y que no cometía ningún delito cuando luchaba por el bienestar de su patria.

Llegamos a Los Angeles, perdidas las esperanzas de poder cruzar la frontera; agotados todos los elementos, pues los últimos fondos que remitió el licenciado Zubaran Capmany de Nueva York (donde se le habían enviado de México) eran los que se habían empleado en la fracasada expedición de Velázquez.

Pasábamos por argentinos y siempre bajo la constante amenaza, para don Adolfo principalmente, de ser descubiertos y entregados al gobierno de Obregón.

En tales condiciones, un día leyó don Adolfo en un periódico local la noticia de que venía un abogado de apellido Cahill, que era ayudante del Procurador General de Justicia, tratando de localizar a alguien responsable de algún delito contra las leyes de inmigración y algunos otros detalles más. Don Adolfo tuvo la intuición de que era a él a quien se trataba de localizar. Llamó entonces a su amigo Mr. Cole y le dijo que estaba seguro de que Cahill venía en su busca enviado por el Departamento de Estado. Cole no se inclinaba a creerlo así, pero De la Huerta insistió y como Cole le dijera que era amigo personal de Cahill, don Adolfo le dijo que fuera a verlo y que le pusiera las car-

tas sobre la mesa diciendo que si Cahill se comprometía bajo su palabra de honor a no entregarlo al gobierno de Obregón y garantizar su residencia en los Estados Unidos, él estaba dispuesto a presentarse a las autoridades americanas.

—¿Ha pensado usted bien esto?

—Sí; no es vida la que estoy llevando; juzgado mal hasta por mis propios amigos. Y yo sé que si ellos (el gobierno americano) me llevan la ventaja de sorprenderme, entonces se creerán con derecho para entregarme. En cambio, de esta otra manera no. Conozco bien la psicología americana.

—Muy bien —repuso Cole y se fue a hablar con Cahill.

Dada la amistad que existía entre ambos, Cahill no tuvo empacho en confesarle que venía buscando a De la Huerta, pues tenía noticias de que se encontraba en Los Angeles. Cole le pidió su palabra de honor de cumplir las condiciones señaladas por De la Huerta y a cambio de ello prometió que lo localizaría y que se entregaría, pero haciendo constar que ello era voluntariamente. Cahill aceptó y fue conducido por Cole a la presencia de don Adolfo.

—Ante todo —exclamó Cahill—, quiero que me diga usted cómo ha hecho para que no haya podido localizarlo toda la policía americana ni los numerosos agentes de los Estados.

—Sería largo de contar —respondió don Adolfo sonriendo:

—Pues me interesaría conocer todos los pasos que usted dio porque realmente es un caso único en la historia de los Estados Unidos. Es verdaderamente curioso, y para mí tiene mucha importancia.

Cahill tomó una gran simpatía al señor De la Huerta. En presencia tanto de él como de Cole, llamó por larga distancia a Washington expresando que había empeñado su palabra a don Adolfo en el sentido de que tendría garantías y que lo tenía a su disposición. Le contestaron que estaba bien y que podía confirmar sus promesas. Cahill dijo a Cole allí mismo, que si no hubieran aprobado su actuación, no habría entregado a De la Huerta, sino que le habría ayudado a seguir oculto. ¡Bello rasgo de nobleza de un norteamericano que apenas acababa de conocer al patriota mexicano!

Cahill se fue y más tarde, por conducto de Cole, recibió De la Huerta aviso de que debía presentarse en Washington ante las autoridades americanas, pero en el camino recibió contraorden a instrucciones de trasladarse a Nueva York. Así lo hizo, y allí, después de unos días lo fue a visitar Cahill quien le dijo que en opinión de Washington era mejor que permaneciera en Nueva York y no en Los Angeles para evitar suspicacias del gobierno mexicano. Satisfizo a De la Huerta aquella

explicación y Cahill le pidió también que se abstuviera de hacer declaraciones y le manifestó que en el ambiente oficial había encontrado grandes simpatías para él.

## UNA PROPOSICION DE AYUDA OFICIAL AMERICANA

**H**UBO un momento en las relaciones internacionales de México y los Estados Unidos, durante la administración que encabezó el general Calles, en el cual la situación fue tensa en extremo.

Coincidiendo con tales circunstancias, el mismo gobierno que había ayudado a Obregón y combatido con él el movimiento de 1923, intentó hacer renacer tal movimiento dando facilidades al señor De la Huerta para que reanudara la lucha, ofreciéndole para ello los medios, es decir, los fondos indispensables. El gobierno americano (o sus representantes) no imaginaban que don Adolfo se pudiera negar a recibir tal ayuda que le habría permitido reanudar la lucha, esta vez con mucho mayores probabilidades de éxito.

Pero el asunto es demasiado importante para correr el riesgo de olvidar o alterar involuntariamente cualquier detalle trascendental, y en el caso todos los son. Así pues, dejamos nuevamente la palabra a nuestro relator y gran memorista.

Dice don Adolfo de la Huerta:

“Se me presenta un día Eulalio Román, ex banquero de México que estaba exiliado en los Estados Unidos por equis razones y que simpatizaba con nuestro movimiento, diciéndome que se le habían acercado dos individuos proponiéndole entrar en arreglos conmigo. Querían que tuviéramos un cambio de impresiones; eran un tal Gallagher y otro Mr. Lee.

—“¿Qué quieren esos señores? —inquirí.

—“Pues, hombre, se interesan por México. Uno de ellos es broker, el otro es un hombre de negocios retirado y quieren platicar con usted sobre México.

“Tuvimos una, dos, tres conferencias y por último me dice uno de ellos: “Reconocemos que usted tiene la justicia; que



el gobierno de los Estados Unidos cometió una injusticia y un error, porque, aunque tengamos de nuestra parte al gobierno, no tenemos al pueblo, y han comprendido que no es esa la política que debe seguirse y quieren cambiar y corregir el error que cometieron . . . " No; me equivoco; eso me lo dijo el otro individuo, esos señores me dijeron solamente que había simpatías para mí.

(A pregunta del comentarista sobre quién fue el que dijo aquello):

"Otro delegado del Departamento de Estado que me citó en Baltimore. Pero esos dos bichos me dijeron únicamente que se jugaban la carta conmigo; que los Estados Unidos habían cometido un error. Pero el que me dijo que querían rectificar, fue el de Baltimore, donde se me llamó para que un enviado importante hablara conmigo y ese fue el que me dijo: "Espere usted buenas noticias, porque el gobierno de los Estados Unidos ha comprendido esto y esto y esto . . ." —lo que dije antes.

"Regresé yo a Nueva York y dije: pues a esperar; pero ya estaba yo tratando con aquellos señores sobre la manera de financiar la revolución. Se me presentaron esos individuos como interesados en obras de puertos y caminos y me dijeron que la forma de reembolsarles los diez millones de dólares que me facilitarían, sería dándoles todos los trabajos de obras de puertos, para lo cual se abriría un crédito amplísimo: caminos, presas, en fin, todo benéfico y a precios razonables y debidamente discutidos, que la iría amortizando en veinte años.

"Bueno, pues yo vi la proposición aquella muy aceptable: empresas privadas, particulares, todo en beneficio público . . . ¡ah!, con derecho a denunciar minas . . . Sí, hombre, cómo no; todas las que quieran; nos conviene que se trabajen . . . Pues seguimos platicando y ya estaba por formalizarse el asunto cuando se me ocurrió, en señal de trato, decirles que situaran al general Enrique Estrada, que se hallaba en Los Angeles, cien mil dólares para que fuera preparando una expedición que yo le señalé. ¿Se acuerda usted? Seis Estados alrededor

de Jalisco: Michoacán, Colima, Guerrero, etc. Que preparara la expedición para salir por mar; que tendría barco y que se fuese alistando; pero por lo pronto esos cien mil dólares, además de que iban en auxilio en momentos muy difíciles para Enrique Estrada, iban a servir para formalizar la operación que me pintaban aquellos muy favorable. Muy bien. Esos individuos no podían situarle directamente a Estrada, sino que se valieron de un abogado amigo que se le acercó y le dijo: "Yo le voy a conseguir a usted cien mil dólares" y a Estrada la vino la idea del ataque sobre Baja California y cuando recibió mi carta explicándole para qué eran, me contestó en forma un poco dura porque, según él, lo hacía menos, o no le daba nombramiento de secretario de Guerra (tal se traslucía a través de su carta) y le señalaba a Angel Flores los Estados de Nayarit, Sinaloa, Sonora y Baja California. Eso le cayó muy mal a él porque tenía metido entre ceja y ceja lo de Baja California. No hubiera yo discutido con él ese punto, pero es que él no sabía lo que yo estaba haciendo y que esos cien mil dólares no eran en realidad para empezar desde luego, sino para saber si eran en serio las proposiciones que me habían llegado a través de Gallagher y Lee.

"Fue entonces cuando conocí al amigo de usted, el ingeniero Sikorsky (don Adolfo se refería al ingeniero Igor I. Sikorsky, el famoso diseñador del helicóptero que lleva su nombre, y muchos aparatos de aviación, entre ellos el primer tetramotor, y a quien efectivamente el que esto escribe se halla ligado por antigua y firme amistad). Fui yo a ver unos aeroplanos que tenía pedidos de la Argentina y de Chile y que me iban a pasar a mí. Cuando llegamos a sus talleres, se trataba de demostrar el bimotor. Me invitaron a subir y subí. Bajamos y después me enseñó allí toda su fábrica, un álbum en donde tiene fotografías de los primeros aparatos contruidos por él y en una de ellas está saludando al zar Nicolás II.

"Había un agente consiguiendo barcos de los que habían servido en la guerra anterior a precios muy bajos. Ya yo tenía

señalados a una infinidad de jefes. Iba a ser una invasión por todos lados; por mar y por tierra. Y un día me dicen aquellos señores: "Pues siempre no vamos a firmar hoy. Hasta que nos llegue una noticia que estamos esperando. No salga usted de su hotel." A poco rato me dijeron que tenía que ir a Newark a hablar con un individuo, una persona interesante y que después de mi plática con él firmarían. Me llamó la atención aquello. Ya vino Eulalio Román a hablar conmigo por indicación de aquéllos y Mr. Cole por mí para llevarme al hotel de Newark. Había llegado aquel individuo en automóvil, pues estaba parado y tenía placas de Washington. Mr. Cole conoció y saludó al chofer. Cole conocía a media humanidad, a todo Washington y la señora tanto o más que él. Me había llevado una infinidad de senadores allí a mi casa y me llevó con ellos al hotel; me presentó más de veinte senadores, todos ellos simpatizadores míos.

"Bueno, llego a hablar con aquel individuo y aunque no puedo asegurarlo porque nunca lo conocí antes, creo que era Mr. Kellogg, el secretario de Estado en persona. Era nervioso, bajo de cuerpo, medio jorobadito al andar; sumamente nervioso: le llamaban la "nerviosa Matildita" ¿se acuerda usted? Y todos esos detalles me hicieron creer después que era él mismo. Pero de momento eso era lo que menos imaginaba yo. Se me presentó como presidente del Shipping Board, presidente o vicepresidente (no recuerdo exactamente). Después de los saludos de cortesía, me repitió lo que el de Baltimore me había dicho: que el gobierno americano se había dado cuenta de que había cometido una injusticia con el pueblo de México, pero que el dinero que se me iba a facilitar debía ser incluido en la deuda de los aliados que, a través del Shipping Board tenían. Usted sabe que el Shipping Board era la institución encargada de facilitar petróleo, barcos y todo lo relativo a los aliados durante la guerra y que terminada ésta, subsistió como un organismo moribundo pero aún funcionando. Y me dice que ese dinero iba a ser incluido en esas deudas hasta veinte mi-

llones de dólares y que si necesitaba más, lo que fuera necesario. Que se iba a considerar a México como un país aliado, con la misma política y las mismas tendencias dentro de los aliados de los Estados Unidos.

—“Yo no acepto ningún préstamo en esa forma, y menos del gobierno americano.

—“Pero usted ha estado tratando...

—“Yo estoy tratando con algunos particulares, pero no con el gobierno de los Estados Unidos.

—“¡Oh! A estos mexicanos no se les entiende (nervioso y excitado) ¡Vienen a pedir dinero y cuando se les pone en las manos dicen que no! ¡Cómo se entiende esto, Mr. Cole?

—“A lo que respondí: está usted muy equivocado. Yo no he venido a pedir dinero, ni menos al gobierno americano. A mí me han venido a ofrecer inversiones que resultan de momento aprovechables para el movimiento reivindicatorio en México y por eso he entrado en arreglos con esos señores. Pero usted representa al gobierno americano y no recibirá de mí petición alguna ni aceptación de mi parte a ninguna de sus proposiciones. Yo no soy representante, en realidad, del pueblo de México y ni quiero ni puedo hacer ningún compromiso para mi país de carácter internacional. Yo, en el terreno comercial, muy bien, pero de política internacional no puedo tratar nada.

—“Oh, ¿pues usted estaba creyendo (en tono de conmiseración) que estos hombres le iban a prestar ese dinero sin conocimiento del Departamento de Estado? Si eso creyó, está usted muy equivocado. Sin la aprobación del gobierno americano, ni un penny tendría usted.

—“Pues si es así, ni un penny quiero. Hasta luego.

“Y lo dejó hablando con las manos en alto, con ademanes nerviosos que fueron más que nada los que me hicieron creer que era Mr. Kellogg.

—“Vámonos, Mr. Cole.

“Cole iba verdaderamente contrariado; en cambio, Eulio Román me tomó del brazo y me dijo: “Me puede mucho, pero ¡qué gusto me da encontrar al hombre de siempre!”

“Me bajé sin esperar el elevador, por la escalera, desde el quinto piso. Dejé vociferando al señor aquél y me fui otra vez para Nueva York.”

“Todo se había perdido. Inmediatamente ordené, mejor dicho, indiqué a Román: “Vaya usted a decirle a Gallagher y a Lee que suspendan toda entrega o remesa de fondos.”

“Mientras tanto ya Enrique Estrada había dispuesto de cincuenta y seis mil dólares para organizar aquella descabellada incursión a la Baja California y cuando fue a pedir los cuarenta y cuatro mil restantes, le dijeron que ya no se podía.

—“¿Cómo es que no se puede? —preguntó.

—“Pues no. De la Huerta dio órdenes.

“Y Estrada creyó que yo, nada más por entorpecerle sus planes, había dado órdenes para estorbar sus gestiones encaminadas a tomar la Baja California y se declaró en mi contra. Por eso en las declaraciones que hicieron cuando fueron procesados, me pusieron de oro y azul. Por supuesto que yo estaba encantado de que me trataran así; en primer lugar porque me quitaban toda connivencia con ellos, pues me insultaron hasta que se les hizo amargo. No sé si se acuerda usted del proceso. Y en segundo lugar porque dije: “En el pecado llevan la penitencia”. Me han insultado, me han calumniado, han hablado pestes y horrores de mí y algún castigo han de tener y ese castigo ha de ser el descrédito ante las autoridades americanas, porque ellas sí conocen la verdad. Esa mala opinión de las autoridades americanas es el castigo que llevarán; lo que siento es que los vayan a meter a la cárcel. Por su actitud injusta y dura contra mí me salvaron, pues de otra manera me habrían complicado en su descabellada aventura y me habrían resultado responsabilidades ante las autoridades americanas.”

## DATOS COMPLEMENTARIOS SOBRE EL MOVIMIENTO DE 1923

**D**ON Adolfo de la Huerta tenía interés muy particular en que no se desvirtuara la naturaleza del movimiento de 1923, puesto que algunos han querido hacerlo aparecer como de tendencia conservadora, siendo todo lo contrario, pues la tendencia revolucionaria del mismo queda de manifiesto por la presencia al lado del señor De la Huerta, de casi todos los jefes militares que estaban reconocidos como revolucionarios desde 1910.

Tenia también interés don Adolfo, aunque en menor grado, en aclarar que, contrariamente a lo que se ha dicho, él no faltó al compromiso hecho con el general Calles, pues, en primer lugar, no hubo nunca tal compromiso. Cien ocasiones rechazó el señor De la Huerta su candidatura mientras formó parte del gobierno de Obregón, pero cuando vino el distanciamiento y cuando a consecuencia del mismo comenzaron las persecuciones y los intentos de asesinato en su contra, don Adolfo aceptó la débil protección que le brindaba la calidad de candidato de oposición.

Además, el propio Calles, mediante sus declaraciones hechas públicamente, y en las cuales se ponía abiertamente de parte de Obregón, liberó a De la Huerta de todo compromiso con él.

Y aquí hay que consignar uno de esos incidentes en apariencia secundarios e inimportantes y de los cuales muchas veces depende toda la orientación que toman los más trascendentales acontecimientos.

Calles había teleografiado a De la Huerta diciéndole que no podía venir a México "porque estaba rodeado de agua". Dio la coincidencia de que en esos días había llovido fuertemente y don Adolfo tomó al pie de la letra la excusa de Calles, que, naturalmente, resultaba infantil, concluyendo de ello que Plutarco estaba de parte de Obregón. No fue sino mucho después cuando vino a reflexionar que tal vez, seguramente, lo que Calles quiso decirle fue que Obregón lo tenía rodeado, como en efecto lo tenía y, posteriormente vino a saber con certeza, que las declaraciones aquellas de Calles le habían sido enviadas, ya escritas por Obregón, nada más para que las firmara, y para inducirlo a ello lo tenía cercado con un considerable número de fuerzas. Por otra parte, Calles, al único que realmente temía, era a Obregón.

Y en cuanto a los reproches que ocasionalmente se le han hecho de que se mostró partidario de Plutarco como candidato presidencial, la explicación de su cambio de actitud es sencilla y clara: mientras él, De la Huerta, formó parte del gobierno de Obregón, no aceptó nunca ni la idea de figurar como candidato a la presidencia. En cambio, sabiendo la influencia que tenía sobre Plutarco Elías Calles y considerando que a su lado, en caso de llegar Calles a la presidencia, él podría ejercer un papel orientador, de amortiguador para evitar muchas de las asperezas características de Plutarco y así se mostró su leal partidario e inclinó a multitud de personas a que apoyaran tal candidatura.

Mientras estuvo integrando el gabinete de Obregón, mientras formó parte de su gobierno, por lo tanto, el señor De la Huerta procuró allegarle a Calles el mayor número de partidarios a fin de que su triunfo electoral fuera real.

Muchos de los prominentes callistas, antes y después de los acontecimientos que llevaron a la primera magistratura al ex comisario de Agua Prieta, debieron su actitud a indicaciones de don Adolfo de la Huerta. Muchos hasta llegaron a reprochárselo más tarde, pero la verdad de las cosas es que no había razón para ello. Los acontecimientos hicieron cambiar las situaciones en forma radical. De la Huerta no podía seguir siendo partidario del que públicamente se declaraba su enemigo y por otra parte, al aceptar el papel de candidato, quedaba bajo la protección del fuero correspondiente, que podía protegerle si quiera en parte de los ataques a su persona y quedaba en condiciones de convocar, como lo hizo, a las cámaras para defenderse ante ellas de los ataques malévolos y calumniosos lanzados en su contra por la jauría obregonista que encabezaba Pani.

Y volviendo a la calidad de revolucionarios, común a casi todos los jefes militares que siguieron el movimiento de 1923, dejaré otra vez la palabra al gran desaparecido para que sus conceptos respecto de cada uno de ellos queden con la más absoluta fidelidad.

## ELEMENTOS REVOLUCIONARIOS EN EL MOVIMIENTO DE 1923

“**EN** primer lugar, teníamos a nuestro lado a un **SALVADOR ALVARADO** cuyos méritos dentro de la revolución son indiscutibles.

"Se inició en los estudios (como ya le he referido en otra ocasión) por allá en 1903 y comenzó a poner en práctica sus tendencias y sus trabajos en favor del proletariado en Cananea, afiliándose al Partido Antirreeleccionista desde 1907 ó 1908.

"Hombre honorabilísimo; talentoso. Su cultura fue aumentando con la constante lectura; en lugar de diversiones y pasatiempos de otra naturaleza, se allegaba sus libros, se documentaba e iba progresando y mejorando espiritualmente siempre. Desde el principio se afilió al maderismo.

"Otro que fue también de igual temple: ANTONIO VILLARREAL; una personalidad tan conocida que en cualquier parte puede usted encontrar antecedentes de ese hombre. Filiado desde el magonismo y posteriormente dentro del maderismo. Un hombre muy puro, honorable, valeroso, mal militar, culto. Si acaso, puede ponerse en su "debe" el ser un poco desidioso, abandonado, muy poco dinámico. Estuvo siempre de parte de los humildes, siempre de parte de nuestro pueblo; siempre luchando contra los tiranos.

"Tenemos a MANUEL M. DIEGUEZ, también personalidad de sobra conocida que figuró en el Partido Antirreeleccionista de Cananea y por ello fue encarcelado en San Juan de Ulúa, saliendo al triunfo de la revolución. Tócame decir que uno de los primeros que se dirigieron al señor Madero pidiendo la libertad de los prisioneros políticos, fui yo. Acordándome de todos aquellos compañeros, dirigí un mensaje a Ciudad Juárez, después otro a México, contestándoseme por conducto del gobernador del Estado, que ya habían sido puestos en libertad. Esto lo puede usted comprobar con el general Esteban B. Calderón, porque entiendo que él supo que uno de los primeros en trabajar en favor de ellos fui yo, haciendo un recordatorio telegráfico al señor Madero para que ordenara y consiguiera del interinato, la libertad de los reos políticos internados en San Juan de Ulúa. Como también me tocó sacar de la cárcel a Juan José Ríos y a Este-



ban Calderón cuando en 1912 fueron conducidos a Cananea por algunas actitudes de rebeldía que asumieron con motivo de un gobernador interino que se quedó allí: Ismael Padilla; ¡pobre!, fusilado después por Victoriano Huerta que no creyó en la sinceridad con que se le presentó.

“Otro más: FRUCTUOSO MENDEZ, el compañero inseparable de Lázaro Gutiérrez de Lara en Cananea. Lázaro Gutiérrez de Lara, el apóstol del socialismo allá en la frontera; fusilado cruelmente en el distrito de Altar. Compañero inseparable de él, con sus mismas orientaciones, era Fructuoso Méndez. Al protestar por las crueldades que en la campaña del yaqui se cometían con los indios, fue metido de soldado con el fin de que lo mataran en la campaña. Felizmente, con el cambio de algún jefe, lo mandaron de guarnición a Cananea; allá conoció a Lázaro Gutiérrez de Lara y logró que este abogado (Lázaro) lo rescatara del ejército; y cuando vino la huelga de Cananea, en la que tomaron parte los dos, Lázaro la emprendió para la frontera al ser dominados los huelguistas por los “rangers” americanos y las fuerzas federales que mandaron allí, y Fructuoso Méndez se fue a la sierra en donde se incorporó con los indios. Tomó, pues, parte en el maderismo. Me tocó darle entrada allá cuando Carlos Plank y yo andábamos con los indios y posteriormente, en 1913, tuvo lugar siempre distinguido. General de gran corazón, de gran espíritu revolucionario que no quería usar lujos, ni siquiera las elegancias que todos tenemos, o que así las consideraba él, tales como usar trajes más o menos vistosos o de casimir. El andaba como andaban los soldados y solamente se distinguía de ellos por las insignias. Comía lo que comían los soldados y llevaba una vida enteramente ajena a toda cuestión social, entregado a sus soldados. Y cuando no tuvo mando de fuerzas, siempre en contacto con las clases humildes.

“Fue asesinado aquí en México, en 1923. Lo cogieron preso a él y a Enrique Llorente (otro viejo revolucionario de

1910) y a él lo acribillaron a puñaladas por órdenes de Arnulfo Gómez, según se dice, aunque yo no podría asegurarlo. Eran órdenes del gobierno de acabar con él por el ascendiente que tenía sobre los yaquis.

“Otro elemento muy valioso fue MANUEL CHAO; uno de los generales más distinguidos de la División del Norte y que fue fusilado al tomársele prisionero. Chao era, probablemente, el que llevaba la orientación socialista avanzada de los hombres que militaban al lado del general Villa. Fue profesor y abrazó la carrera de las armas estando en Parral. Era originario de Tuxpan, Veracruz. Hombre muy bueno, honorable, sin ambiciones de dinero, valeroso. Quedó en el mando villista por circunstancias especiales y cuando terminó el villismo se fue a luchar por la libertad de otras naciones de Centroamérica y en la República Argentina. Terminaron las luchas allá y volvió a México precisamente en momentos en que se iniciaba el movimiento electoral contra el general Calles. Se afilió a nuestra causa y, estando en la frontera, sintió el movimiento militar y se levantó también en armas al lado de NICOLAS RODRIGUEZ, de HIPOLITO VILLA, etc., por allá en el norte. Le ofrecieron amnistía y parece que al aceptarla, no cumpliéndole el gobierno, lo pasaron por las armas.

“Otro revolucionario de 1910: NICOLAS FERNANDEZ, el segundo de Villa, de tendencia clara y definida en favor del pueblo humilde.

“Otro: ISAIAS CASTRO.

“Otro más, MARCIAL CAVAZOS, elemento valiosísimo; también revolucionario de la frontera.

“Otro: FRANCISCO COSS, de los primeros en 1910 y de los primeros al lado del señor Carranza en el año de 1913. Todavía vive, bastante enfermo (este dictado fue de fecha 3 de septiembre de 1953). Reside en Saltillo y no sería por demás que si usted tuviera alguna oportunidad se pusiera al habla con él. Elemento muy honorable, muy honrado. Fue

gobernador de Puebla y nunca cometió ningún atropello. Usted, como originario de Puebla, debe conocer mejor en detalle la actitud de ese hombre que fue bueno, no haciéndose culpable jamás de arbitrariedades ni atropellos en contra de la sociedad o de los humildes.

"Luego tenemos a GUADALUPE SANCHEZ, revolucionario de 1910. Anduvo al lado del general Villa; se pasó después al maderismo. En Veracruz, al lado del general Aguilar estuvo siempre listo para vengar la afrenta que México recibió con el asesinato del señor Madero y se dio de alta al lado del señor Carranza desde los comienzos. Al firmarse el Plan de Guadalupe en abril, ya estaba en las filas constitucionalistas. Se le ha hecho el cargo de que fue el último contingente que abandonó al señor Carranza. El argumento que de él se oye es éste: "Pero, hombre; los que lo abandonaron primero, los que se separaron primero de él, no tienen censura y en cambio yo, que fui el que más me aguanté al lado del viejo, soy el más censurado. Fíjese usted si no son injustas las gentes conmigo". Y tiene hasta cierto punto razón, pues él aguantó hasta lo último, hasta que le mandó decir a Carranza que era por demás que se sostuviera contra la opinión pública de la nación entera, y cuando le mandó un "retobo" el jefe, o algo así, él entonces resolvió pasarse con armas y bagaje al movimiento de 1920.

"En el Estado de Tabasco, todos los revolucionarios de 1910, como SEGOVIA, los hermanos CARLOS y ALEJANDRO GREENE, USTORGIO VIDAL y la mayor parte de los que participaron en el movimiento de 1910; todos reconocieron el movimiento de 1923.

"De Panamá, JUAN CABRAL mandó un comunicado diciéndome que estaba a mis órdenes y yo le contesté que no se moviera de allá. Yo sabía ya que al final tenía que venirse abajo el movimiento, por contar con la oposición de los Estados Unidos al no reconocer los convenios firmados por Warren y Payne; y agradeciendo más el ofrecimiento de Cabral,

le contesté que se quedara allá esperando instrucciones. Acató las órdenes y se quedó en Panamá.

"Por lo pronto son éstos los elementos que he querido mencionar porque todos ellos fueron revolucionarios sinceros y su presencia entre los nuestros confirmó el carácter revolucionario del movimiento de 1923.

"ENRIQUE ESTRADA, que fue también elemento de 1910.

"RAFAEL BUELNA, también elemento de 1910; muy sano, muy valeroso y honorable por mil títulos; muy culto y muy querido en toda la República, el nombre de BUELNA todavía es venerado.

"Así es que todos los viejos revolucionarios están en la lista. Muy contados (se pueden contar con los dedos de la mano) fueron los que se quedaron con el régimen que encabezaba Obregón. Todos los elementos conscientes de aquella época de lucha por verdaderos ideales y sin interés personal alguno, todos esos que así lucharon, estuvieron con nosotros en 1923. Eso quiere decir que vieron que aquel movimiento tenía dos aspectos: el internacional, en defensa de la soberanía nacional contra arreglos inconvenientes que firmó el gobierno; y en pro de la libertad del sufragio y de una tendencia sana de nuestra revolución en favor de la justicia social.

"Hay que citar también a AMBROSIO y FRANCISCO FIGUEROA, este último que fuera subsecretario de Educación Pública en la época del señor Carranza. Fue revolucionario de 1910 junto con Ambrosio. Fueron los que movieron todo el sur y los que en realidad determinaron la salida del general Díaz cuando se acercaron a México. Entonces ellos controlaban todos los Estados de Guerrero, parte de Puebla, México, Morelos, etc., cuando todavía Zapata no era ninguna figura que tuviera significación. Al lado de ellos el famoso general CRISOFORO CAMPOS, aguerrido jefe, muy querido en el Estado de Guerrero también, valerosísimo; hom-

bre muy bueno; era casi un patriarca en la región sur de Guerrero; todos lo recuerdan reconociéndolo como uno de los hombres de más valía y también de los viejos revolucionarios.

“Esos fueron los hombres que estuvieron a nuestro lado en 1923, que antes habían estado activos en 1910 en lucha meritoria contra la opresión, y a los que el general Obregón, allá en el fondo de su corazón nunca quiso y llamaba en tono irónico “los libertadores” haciendo burla porque muchos de ellos no eran tan hábiles en el campo militar como lo fue Obregón que, indiscutiblemente, como guerrero, fue de los primeros”.

## EL GENERAL FRANCISCO VILLA

**H**ABIENDO oído al señor De la Huerta referirse varias veces al general Francisco Villa como personaje activísimo durante nuestros días de lucha y al que llegó a conocer con bastante intimidad, el que esto escribe solicitó una extensa opinión sobre el discutido guerrillero. Dejamos la palabra a don Adolfo de la Huerta:

“Villa fue un hombre de sentimiento noble y generoso en favor de los desheredados, en favor del pueblo. Sufría cuando veía sufrir a un niño; cuando consideraba que le faltaba el pan, que le faltaba abrigo, que sufría aquella criatura. Cuando veía a un pobre viejo, se enternecía también. Era un hombre cuyo corazón se conmovía por el dolor de los demás.

“Salvaje en sus procedimientos; cruel con el enemigo; no sabía distinguir el bien del mal e incurria muchas veces en errores porque no sabía cuál era lo moral y cuál lo inmoral ni hasta dónde llegaba su derecho dentro de las formas establecidas por el derecho que reconocemos actualmente.

“Llegaba a un lugar, tomaba provisiones, les daba a sus fuerzas y le daba al pueblo. Sacaba el dinero, pero jamás

para él; nunca tomó dinero para sí. Saqueó bancos y comercios, pero no para guardarse los fondos, y mató a su compadre Urbina porque supo que tenía guardado un millón de pesos. Urbina, a más de su compadre, era uno de sus hombres de confianza, pero cuando Villa lo descubrió, no lo perdonó. Así entendía él la cuestión moral y la prueba de ello es que ninguno de sus hombres tuvo dinero, porque ¡pobre del que hubiera robado!".

Al llegar a esta parte de su relato, don Adolfo fue interrumpido por el que esto escribe para recordarle el incidente de Torreón, que el mismo señor De la Huerta le había referido y que fue más o menos así: don Adolfo había ido a entrevistar a Villa; éste, la noche anterior había entregado a uno de sus pagadores diez mil pesos con la orden de que entregara dicha cantidad a un general X, diciéndole que eran cinco mil para él y cinco mil para otro general, cuyo nombre no hace al caso y al que debería entregarlos. El pagador buscó al primero de los nombrados y lo encontró, pero en tal estado de embriaguez que casi no se daba cuenta de lo que hacía. En tales condiciones el pagador juzgó imprudente darle toda la cantidad y el encargo de entregar la mitad de ella a su compañero y así le entregó tan sólo cinco mil pesos, diciéndole que él mismo se encargaría de entregar el resto al destinatario.

A la mañana siguiente, estando Villa en compañía de De la Huerta en la puerta del hotel, conversando, llegó el primero de los generales. Villa le saludó y le preguntó si el pagador le había entregado los diez mil pesos que le había enviado. "No, mi general, —respondió el interpelado—, sólo me entregó cinco mil".

Villa enrojeció de ira y ordenó se hiciera venir al pagador en cuestión. Cuando éste se halló presente, Villa le preguntó en forma hosca:

—¿Cuánto le entregaste aquí al general.

—Cinco mil pesos, mi general —contestó el pagador.

Antes de que tuviera tiempo de añadir una palabra, Villa sacó la pistola y le disparó un balazo a boca de jarro sobre la cabeza a la vez que decía: "¡Para que aprendas a robar, tal por cual!".

—Espere, mi general —dijo el general X—, me parece recordar que me dijo que iba a entregar cantidad igual a otra persona... Pero la aclaración llegaba tarde; el infeliz pagador expiraba a los pies de Villa.

Don Adolfo no pudo contenerse e increpó en forma durísima al guerrillero y éste, cuando se dio cuenta de la injusticia que había cometido, se mostró profundamente apenado y casi con lágrimas en los ojos explicaba: "Mire, yo tengo que cuidar que no roben, si no ¿dónde íbamos a parar".

Y continuando su narración, el señor De la Huerta me decía:

"No era insensible al dolor. Era noble; y cuando quería, cuando se convencía de que se era sincero con él, quería a fondo. A mí me quiso entrañablemente; yo lo sentía. Cuando me acompañó de Jiménez a Torreón, venía yo con mi familia y pregúntele usted a mis hijos: lo vieron llorar en mis brazos. Lloraba como un chiquillo al despedirse de mí y le decía a Clarita, mi esposa: "Señora, sea usted buena con el jefe; cuídelo mucho; mire todo lo que significa para nosotros. Es el único en el que tenemos confianza. ¡Cuídelo mucho!". En aquella ocasión venía Andalón conmigo, también venía don Luis León, pero eso fue en presencia de Clarita y de mis hijos Adolfo y Arturo, en el gabinete del pullman. Se recargó sobre mi hombro y sollozaba desde el fondo de su alma. Sabía que yo no quería más que su bien y lo sintió cuando me dijo: "Yo creo que la cosa se viene, jefe. Ya sabe que aquí me tiene a mí. Porque el pueblo lo llama a usted para la presidencia". —No, general —le dije—, está usted equivocado; yo no he aceptado mi candidatura; yo soy jefe de la campaña de Calles. "Si a Calles no lo quiere nadie, es un hombre funesto, es..." y me dijo varias frases de las que se conoce que había oído a otros; él tenía también muy mal concepto de Calles y de Obregón. —No —le dije—, está usted en un error. "No, si con usted queremos seguir". —No —insistí—, está usted equivocado, si yo no lo necesito a usted para nada. . . ¡Ah, caramba! ¡Cómo se puso! ¡No se lo hubiera dicho! "¡Está bueno, usted me desprecia, pero quién sabe si este Pancho Villa le sea útil una noche oscura. Me desprecia usted porque cree que no tengo gente. Todavía me queda gente". —No, general, no es que lo desprecie así; no

interprete mal mis palabras; lo que quiero decir es que no hice la paz con usted con fines ulteriores. Que usted debe estar completamente en paz. No le digo que alejado de toda política, porque no ha perdido sus derechos de ciudadano, pero procurando evitar lo más posible meterse como militar. Como ciudadano, a votar en las elecciones cuando vengan y se acabó. Pero no es que lo desprecie ni que desconozca que tiene usted su partido y que hay mucha gente que lo admira y lo quiere. Y aquí tiene usted un hombre que lo estima y lo quiere a usted. Pero yo no tengo pensado nada para el futuro. ¡Ya no hallaba yo la puerta con él! Se puso triste, profundamente triste, como herido; creía que yo le despreciaba porque era un guiñapo ya; y no era eso, no; lo que quería yo era quitarle de la cabeza el que pensara que iba a necesitar de él para cosas que vinieran en forma enteramente ajenas a mi voluntad.

“Esa es mi opinión de Villa y esa era su actitud conmigo.

“Ahora he sabido que se está escribiendo una obra del general Navarrete, que fue un hombre que valió mucho, pero que no supo conocer a Villa, porque lo vio llorar cuando lo iban a fusilar.

“Aparentemente tiene razón Navarrete, no conociendo los sentimientos de Villa. Dice que todo el mundo le cree muy valiente, pero que era un cobarde, que él lo vio llorar, hincarse y quién sabe cuántas cosas más. El hecho es cierto, Villa mismo me lo refirió, pero no fue cobardía. Cuando veníamos de Jiménez, ya llegando a Torreón, le dije: “Este lugar no debe tener muy buenos recuerdos para usted, pues es donde el chacal Huerta quiso arrancarle la vida. —¡Ah, sí, jefe, qué momento tan triste! —y continuó: —¡Pensar que iba a morir como un ladrón porque había recogido una yegua con mis fuerzas! Una yegua de los ricos para salvar la causa de los pobres y que yo le había dicho al jefe de mi Estado Mayor que diera el “vale”, porque cuando veníamos con el maderismo y recogíamos las cosas, se daba un vale para que les



pagaran después. Y esa yegua la necesitábamos y yo la había agarrado y eso le sirvió de pretexto a ese que venía entonces a las órdenes de nuestro querido don Pancho. ¡Y pensar que me iban a arrancar la vida por ladrón! . . . ¡Considerado así por los mismos hombres que yo adoraba!, ¡a quien yo quería tanto! No tiene usted idea, jefe, ¡qué tristeza tan grande se apoderó de mí! ¡Lloré, lloré, jefe, como una mujer! Era el dolor más grande de mi vida: morir injustamente por la mano que movía aquel por quien yo había luchado tanto y que tanto quería. —Se refería, naturalmente, a Madero. Las fuerzas de Victoriano Huerta, que entonces servían al maderismo, eran las que lo iban a ejecutar”.

(Contestando a una aclaración que se le pidió, el señor De la Huerta continuó):

“Usted sabe que cuando se pronunció Pascual Orozco mandaron a González Salas, pero éste fue derrotado por los orozquistas y se suicidó. En su lugar nombraron a Victoriano Huerta, que avanzó auxiliado por las fuerzas irregulares que mandaba Villa, junto con Urbina y otros, pero Villa era el jefe. Según él, los triunfos de Huerta se debieron en gran parte a las fuerzas de ellos, pues decía que le pegaban al enemigo sobre los flancos. “Les pegábamos por las costillas, por las puras costillas”. No recuerdo bien si me decía que Urbina pegaba sobre el flanco derecho y él sobre el izquierdo, pero naturalmente eso contribuía mucho a la derrota de los orozquistas. Después quería Victoriano Huerta hacer desaparecer a Villa y tomó como pretexto el que tuvo una queja de que se había robado una yegua y fue cuando lo quiso fusilar; pero lo supieron los hermanos Madero y don Emilio sin demora telegrafió a don Pancho y ya cuando habían formado el cuadro, y mientras Villa se dejaba caer dos y tres veces resistiéndose, porque sabía que estaban telegraphiando a don Pancho y quería dar tiempo para que llegara la orden suspendiendo la ejecución. Aquello fue lo que impresionó mal a Rubio Navarrete y le inclinó a calificar a Villa de cobarde

y acaso también porque Villa les pegó "hasta por debajo de la lengua" y naturalmente les quedó en rencor a los federales hasta su muerte, pues Villa fue siempre el azote de los federales y si me inclino a creer lo que dijo Villa respecto a que ellos casi atacaban por la retaguardia y que "les pegaban en las costillas" a los orozquistas. Es muy probable que haya sido así y eso contribuyó grandemente a las victorias que Huerta pudo obtener sobre los que habían derrotado a González Salas. No sé exactamente sobre esa fase del triunfo militar de Huerta; en cambio si estoy seguro de la pesadumbre de Villa, que le hizo llorar y manifestar aquella aparente debilidad y que se debió a su gran dolor, a su pena porque lo acusaran de ladrón y lo mataran las mismas fuerzas del hombre a quien él adoraba. Tenía verdadera adoración, fanatismo por Madero, como después lo tuvo por mí. Todos los que andaban con Villa lo sabían muy bien; su cariño por mí lo gritaba a los cuatro vientos. Hay artículos de Hernández Llergo escritos sobre el particular; también Enrique Llorrente, Gómez Morentin, Trillito y los Trillo me querían mucho, porque sabían que su hermano me quería y lo que me quería el general Villa. Eso era conocido de todo el país".

Hasta allí la relación del señor De la Huerta,

Su veracidad no se pone en duda, y al que esto comenta sólo se ocurre pensar que si para otros Villa fue una fiera sanguinaria, no lo fue para don Adolfo, quien supo hacer vibrar la fibra sensible de nobleza y afecto en aquel corazón que, para otros, era de granito.

No creemos que la amistad de don Adolfo hizo ningún milagro en la psicología de Villa; pero es indudable que al trato afable, bondadoso y desinteresado que el ilustre sonorenses le dispensó siempre, a aquellas largas pláticas que eran verdaderas orientaciones sobre moral y bonhomía, que De la Huerta sostuvo con el terrible guerrillero, éste respondió en forma verdaderamente conmovedora.

Por lo demás, "las fieras no lloran" según una célebre y conocida frase y Villa, llorando sobre el hombro de don Adolfo, deja al descubierto la ternura de que era capaz su corazón cuando se le había penetrado a través de la coraza que las circunstancias le habían formado.

Finalmente, aquellas medidas violentas y aun injustas que tomó Villa para impedir que su gente robara, eran, en su naturaleza primitiva, el germen de una rectitud, de una honradez que buena falta haría a muchos cultísimos políticos enriquecidos por manejos turbios.

## EL GENERAL PABLO GONZALEZ

**A**UNQUE ya en otro lugar de este libro se ha hablado del general Pablo González (capítulo titulado Carranza, Obregón y Pablo González), y posiblemente se encuentre alguna repetición en lo que a continuación se dice, hemos creído que no está por demás repetir textualmente, o mejor dejar la palabra al señor De la Huerta, para que nos hable del general Pablo González, nos dé sus apreciaciones siempre acertadas y sus datos abundantes y precisos gracias a esa memoria fantástica que fue su privilegio. Dice don Adolfo:

“Vamos a referirnos al general Pablo González, recordando que antes de la revolución de 1910, a principios del siglo, vivió don Pablo en el Estado de California y allí, en unión de su primo Antonio Villarreal, se ligó con Ricardo Flores Magón. Actuaron haciendo propaganda entre los trabajadores de aquel Estado lejano y posteriormente, el general González se trasladó a Coahuila y vino a tomar el puesto de gerente del molino “El Carmen”, cercano a Cuatro Ciénagas y cercano también a la residencia de Cesáreo Castro. Junto con éste se afilió al maderismo y cuando se inició la revolución de 1910, se levantaron en armas, sin poder precisar con exactitud la fecha, pero me parece que fue a principios de enero de 1911. Los dos empuñaron las armas y reclutaron gente.

“Don Venustiano había tenido la oportunidad de conocer a ambos y los trató con su carácter de viejo senador porfirista y alguien afirma que González y Cesáreo Castro lo invitaron a que tomara parte en el movimiento, pero todavía Carranza no se decidía a participar en él. Carranza era senador y meses antes había desempeñado el puesto de goberna-

dor interino de Coahuila, como lo relata Suárez en sus apuntes históricos sobre el constitucionalismo en Coahuila. El hecho es conocidísimo y en cualquier periódico contemporáneo se puede comprobar.

"Don Pablo tuvo bastante éxito en el reclutamiento de gente para el movimiento maderista. Don Venustiano, ya muy avanzada la revolución (en marzo o abril de 1910) se presentó con el señor Madero en San Antonio, Texas; salió de San Antonio y se fue a Nueva York, y hay muchos relatos sobre la entrevista que don Venustiano tuvo con Limantour entre otros. Entiendo que este Gualberto Amaya (o Alma-ya) que aunque no es autoridad ni debe tomársele en cuenta por ser muy apasionado en sus juicios, da ese dato que sí debe considerarse, porque coincide con informaciones que en aquella época salieron sobre supuestos entendimientos entre el maderismo y Limantour que, en mi concepto, nunca existieron. Si hubo, de parte de Limantour, alguna simpatía porque veía con claridad que ya el porfirismo no tenía arraigo en la opinión pública mexicana y naturalmente él trató de quedar con el menor antagonismo posible con lo que consideró que se convertiría en el régimen que habría de suceder a su viejo jefe, el general Díaz.

"Regresó a San Antonio don Venustiano cuando ya el señor Madero se había trasladado a El Paso; allí lo siguió Carranza, pero no entró al campo de la lucha como entró el señor Madero acompañado de varios militares: Eduardo Hay, Roque González Garza y Rubén Morales, pero también contando entre ese grupo de mexicanos a algunos extranjeros, como el general Viljoen, hombre muy ameritado que había hecho su carrera militar y había sido fogueado en el Transval luchando por la independencia de su patria; igual que Garibaldi, soldado de la libertad en varios lugares y que considerando que el pueblo de México tenía derecho a triunfar sobre la dictadura del general Díaz, se ofreció al señor Madero, y Madero lo nombró en su Estado Mayor. Todos ellos en-

traron a combatir al régimen del general Díaz, y en la toma de Casas Grandes salieron heridos: el señor Madero en un brazo y Eduardo Hay perdiendo un ojo. Esa es una prueba evidente de que Madero quiso correr los mismos riesgos que sus partidarios. Pero en la toma de Ciudad Juárez ocurrió un incidente desprestigioso para la revolución y en el que el señor Madero mostró valor y entereza.

“Tal incidente me fue relatado por Carranza, cuando en abril de 1913 nos reunimos en la llamada Convención de Monclova.

“Sucedió que el señor Carranza fue nombrado ministro de Guerra por el señor Madero, puesto que el propio Carranza había solicitado de él; pero al ser comunicado tal nombramiento a los jefes militares de Chihuahua, éstos protestaron uniendo a esa razón la de la liberación de Juan J. Navarro, y la del nombramiento de extranjeros a quienes no les concedían derechos para venir a luchar por la libertad del pueblo mexicano. Tales eran Viljoen y Garibaldi. Los militares de Chihuahua con Francisco Villa y Pascual Orozco como jefes, rodearon la aduana de Ciudad Juárez y pidieron a Madero en forma agresiva, que rectificara aquellos errores.

“Carranza había tenido algún altercado con el general Caraveo y algunos de sus subordinados; y el señor Madero, a pesar de que se impuso a los que protestaban por sus disposiciones, se dio cuenta de que alguna justificación había en el fondo y, para deshacer el nombramiento de Carranza, lo envió a Coahuila a fin de que corriera como candidato de la revolución para el gobierno de aquel Estado.

“Las protestas de Orozco y Villa se originaban en la liberación de Juan J. Navarro, pues alegaban que en los combates aquel general federal había hecho rematar a los heridos y que merecía por ello la pena de muerte. A pesar de ello, Madero lo puso en libertad llevándolo personalmente en su automóvil a Paso del Norte.

"El segundo motivo de protesta radicaba en el nombramiento militar de Viljoen y de Garibaldi, a quien ya, uno o dos días antes, Villa había desarmado, disgustado por su presencia en las filas revolucionarias. Fueron, pues, separados del Estado Mayor del señor Carranza y después se les confiaron otras misiones.

"Y el tercer punto era que el secretario de Guerra no debía ser un elemento del porfirismo, que así lo reconocían por todas las informaciones que les habían llegado y que poco tiempo antes había sido gobernador porfirista del Estado de Coahuila.

"Cuando ya hecha la paz, el señor Carranza llegó a Coahuila a lanzar su candidatura, había poco ambiente en su favor. Contendió con el doctor Alcocer, hombre cultísimo a quien los coahuilenses consideraban como su orgullo. Se había distinguido en Europa, donde estudió, por su gran talento y se le reconocía una completa integridad, capacidades muy poco comunes en la ciencia y sobre todo, hombre de muy buena tendencia. Cometió el error, cegado por el despecho de que no se le reconociera el triunfo que, según él, había alcanzado en aquella función electoral, de aceptar el nombramiento que, después del cuartelazo de 1913, le confirió Victoriano Huerta como gobernador del Estado, nulificándose así aquel elemento valioso y muy apreciado en el Estado de Coahuila, tanto así que muchos opinaban que había obtenido mayoría en la votación y sin embargo, se le había dado el triunfo al señor Carranza. El mismo doctor Alcocer dijo: "No debemos tener fe en el maderismo, supuesto que no reconoce el triunfo electoral con honradez, como debía ser". Y así pasó a formar parte de la oposición por lo que él consideró una burla al sufragio.

"De los elementos revolucionarios, el primero que ayudó al señor Carranza, cuando poca o ninguna popularidad tenía, fue Pablo González. Creyó que era el hombre que convenía, porque le había visto al lado de don Francisco I. Ma-

dero al triunfar la revolución con la toma de Ciudad Juárez. Así es que la personalidad, tanto de Pablo González como la de Cesáreo Castro, dieron reflejos revolucionarios al candidato para el gobierno de Coahuila que estaba escaso de ellos por su extracción netamente porfirista. Sostuvo el señor Carranza el batallón que don Pablo González había comandado en el maderismo; consiguió del gobierno del centro elementos para sostener algunos grupos en número de 1,500 hombres: parte tenía Francisco Coss, parte su hermano Jesús Carranza, y don Pablo González el mayor número.

“Vino el orozquismo, y los “Carabineros de Coahuila”, que ese era el nombre de las fuerzas que había encabezado don Pablo González al triunfo de la candidatura de Carranza en Coahuila, sirvieron para detener al orozquismo en su invasión a ese Estado; y don Pablo, que todo lo poco afortunado que era en su actuación, era acertado en la dirección de una unidad, de un batallón, derrotó a los orozquistas y se internó a Chihuahua siguiendo instrucciones del entonces jefe de la División del Norte que sustituyó a González Salas, al suicidarse éste en Rellano: Victoriano Huerta.

“Cuando vino el cuartelazo, Pablo González se encontraba en Chihuahua y al recibir aviso del señor Carranza para que viniera en su auxilio, la emprendió a marchas forzadas, desertando de la jurisdicción de los federales y se presentó a su antiguo amigo para la defensa del Estado en que había actuado revolucionariamente.

“Carranza se encontraba muy abatido después de la derrota de Anhele y algunas otras persecuciones que no pudo evitar airosamente, pues no disponía de fuerzas. El general Coss tenía escasamente 400 hombres; don Jesús Carranza también un corto número y como no llegaban los dineros del centro, porque Ernesto Madero, entonces ministro de Hacienda, no envió los haberes de esas fuerzas oportunamente, pues estuvieron licenciándose unos y desertándose otros, quedando un número muy corto. Alguien me refería que don Jesús

Carranza llegó a reducir sus fuerzas a no más de cincuenta hombres.

"Don Pablo se presentó en Monclova, donde se había refugiado el señor Carranza y llegó un día antes de que nos presentáramos al gobernador de Coahuila los delegados que íbamos a designar al jefe de la revolución en la convención de Monclova.

"La noche que platicaba con el señor Carranza sobre sus tendencias, que yo le supliqué externara para saber a quién íbamos a nombrar o escoger como primer jefe, esa misma noche me dijo que me iba a presentar al entonces teniente coronel González, ascendido por él a coronel. Me refirió todo lo que lo había ayudado, la clase de amigo que había sido don Pablo para él; que era un hombre que valía mucho; me lo acreditó como valiente; jefe que había manejado sus seiscientos hombres con gran decisión y bizarría ayudándole a arrojar las partidas orozquistas fuera de Coahuila; en fin, no había un hombre superior, en el ánimo de don Venustiano, a Pablo González, por toda la ayuda que le había prestado, tanto en la campaña electoral, como en el sostenimiento de su gobierno a través de sus luchas contra el orozquismo.

"Llegó, pues, en muy buen tiempo. Al día siguiente, cumpliendo lo ofrecido, el señor Carranza me lo presentó. Estuvo poco tiempo con nosotros. Hombre de poco hablar; frases cortas. Se despidió luego para atender sus deberes, pues urgía organizar la defensa de los contornos y efectivamente tuvo que salir de prisa a contener el avance de algunas columnas de un general Peña y otras de Trucy Aubert.

"Así es que don Pablo estuvo deteniendo y batiéndose día y noche con las fuerzas que se habían mandado a perseguir al señor Carranza, quien se hallaba falto enteramente de elementos para su defensa. Y esa es una razón para admirar más la actuación de Carranza, quien sin fuerzas de ninguna especie, arrojó el guante a Victoriano Huerta. Por ello, al pasar por Monclova el 22 de febrero, me hice la promesa



de reconocer siempre su valer y fui a Sonora a predicar a mis paisanos que, por haberse anticipado unos días a nosotros debían reconocérsele derechos para ser el jefe de la revolución, lo que era contrario a la opinión de la mayor parte de los elementos de mi Estado. Conseguí unificarlos sin embargo, después de algunas discusiones y serias argumentaciones contrarrestando así la política que se nos hacía en México pretendiendo hacernos aparecer como separatistas. Así, al reconocer al gobernador de Coahuila como jefe, venían por tierra tales insinuaciones originadas en el cuadrilátero formado por García Naranjo, José María Lozano, Olaguíbel y Querido Moheno.

“Así fue, pues, como Carranza estuvo sosteniéndose sin disparar un sólo cartucho, todo encomendado a Pablo González, quien combatía a las fuerzas que iban en su persecución.

“Fue retirándose don Venustiano, primero a Monclova y llegó hasta Piedras Negras. Ya había muchas opiniones de que se pasaría al lado americano; sin embargo, cuando don Pablo ya no pudo contenerle al enemigo que lo atacaba por el sur, entonces Carranza tuvo que salir de Piedras Negras y encaminar sus pasos a Sonora, atendiendo la invitación que yo, como representante de aquel Estado, le había hecho desde el mes de abril ofreciéndole garantías y mayores seguridades militares, porque felizmente en Sonora caminamos con bastante éxito, más cuando ya al iniciarse el movimiento defensivo del Estado contra el usurpador Huerta, contábamos con dos mil quinientos hombres perfectamente organizados; eso sin tomar en cuenta las partidas de yaquis con las que yo tenía bastante influencia y que en algunas ocasiones moví para que nos dieran su ayuda, como en la batalla de Santa María y el sitio de Guaymas.

“Don Pablo González, pues, hasta esos momentos fue el sostén de don Venustiano, que no tenía nada qué darle a nadie. Salió de Coahuila huyendo; esa es la palabra que co-

responde a su égida, y nada recibió don Pablo de él, que le dejó abandonado a sus propias fuerzas rodeado de elementos enemigos. Don Pablo pudo escapar y se dirigió a su tierra natal, el Estado de Nuevo León y poco a poco, sin ningún elemento que le hubiera facilitado Carranza, porque éste no tenía dinero, ni armas, ni parque, ni contingentes militares que proporcionarle, y en tanto que Carranza hacía la travesía desde Piedras Negras hasta Sonora, pasando por Chihuahua, Durango y Sinaloa, don Pablo por su propio esfuerzo logró reunir fuertes contingentes, atacó Monterrey, atacó Laredo, tomó Ciudad Victoria y cuando estábamos de vuelta en Coahuila, en el mes de junio, es decir, a casi un año de ausencia de don Venustiano, don Pablo se encontraba al frente de quince mil hombres. Aquel contingente, desde luego, era exclusivamente suyo, pues al igual que Villa, era organizador. No tenía las cualidades del guerrero duranguense en cuanto a estrategia, pero sí era un gran organizador. Era como papel "mata moscas", por donde pasaba se le pegaban las muchedumbres y se le unía infinidad de gente, mucha muy aceptable, otra desechos por decirlo así, de los contingentes militares, pero él reunía sus soldados.

"Cuando el general Obregón, al que se le habían unido los contingentes primero de Sonora y después todos los organizados en Sinaloa (porque Sinaloa tuvo grandes jefes de alta calidad como Iturbe, como Buelna, como Juan Carrasco, como Angel Flores; hay una lista interminable de sinaloenses de mucho valer), todos esos contingentes que habían reconocido al señor Carranza, se pusieron a las órdenes del general Obregón en su avance para el sur; también Lucio Blanco se le incorporó a don Venustiano y Miguel Acosta, quienes organizaron sus fuerzas independientemente de Obregón. Trajeron Anatolio Ortega y Alejandro Ibarra Vega fuertes contingentes de indios que se sumaron a las fuerzas de Lucio Blanco.

“Cuando el general Obregón, después de la famosa batalla de Castillo, que es uno de los mejores triunfos del gran estratega sonorenses, se hallaba próximo a la capital de la República, don Pablo González ya había llegado a Querétaro al frente de veintitantos mil hombres, reclutados y organizados por él, como antes dije.

“Llegaron a México; a uno le tocó la campaña de El Ebanito, la campaña contra los zapatistas y al otro contra Villa. Uno más afortunado que el otro, pero de todas maneras cumpliendo don Pablo González como elemento constitucionalista y viejo revolucionario.

“Vino la convención de Aguascalientes. El general Obregón fue envuelto por los elementos convencionistas y firmó en la bandera adhiriéndose al arreglo que se había hecho en dicha convención para apoyar a Antonio Villarreal como Presidente, y a Eulalio Gutiérrez. Por su parte, don Pablo no quiso firmar ni asistir a la convención; mandó un representante al que retiró después; él siguió siendo constitucionalista y ni un asomo hubo por su parte, de desconocimiento para Carranza. El general Obregón rectificó posteriormente su conducta equivocada por la que se había comprometido a sostener y apoyar los resultados de la convención.

“Después ocurrió la lucha contra los zapatistas. De otra parte, el gobierno constitucionalista había puesto precio a la cabeza de Francisco Villa: cien mil pesos; y entiendo que lo propio se hizo respecto de Zapata cuya cabeza tasaron en cincuenta mil. Guajardo cobró aquellos cincuenta mil pesos por la hazaña de hacer desaparecer a Zapata en la forma que no tiene caso repetir pues es demasiado conocida.

“El general González recibió a Guajardo, dio parte a Carranza y Carranza otorgó el ascenso y el premio en efectivo. Posteriormente Guajardo, en una de sus borracheras mató al mayor Peña y a un capitán cuyo nombre no recuerdo. Don Pablo lo consignó y los tribunales lo sentenciaron a la pena de muerte, y estaba detenido en la Penitenciaría o en

Santiago Tlaltelolco, ya para ejecutarse la pena capital, cuando vino el derrumbamiento del carrancismo y la entrada de nosotros a México.

“Pero hemos de estudiar las condiciones en que estaba don Pablo González: cuando llegó el período electoral, comenzó primero Obregón lanzando su candidatura en Nogales. Casi simultáneamente don Pablo inició sus trabajos en la ciudad de México. Pidió y obtuvo su licencia y lanzó su candidatura. (En su hoja de servicios, en la Secretaría de la Defensa, debe constar la fecha de aquella solicitud). No tenía, por lo tanto, mando de fuerzas, como tampoco lo tenía Obregón. A don Pablo le quitó muchas de sus fuerzas Carranza, tales como las de Cesáreo Castro, las de Maycotte, considerable número de contingentes, para dárselos a Obregón en su avance de lucha contra Villa. Murguía también había sido de don Pablo González.

“Así es que los dos se pusieron en igualdad de condiciones. Obregón como el candidato del norte y Pablo González como el del sur. Ambos separados del ejército; uno primero que el otro, pero los dos sin condición de militar entraron a la lucha con carácter de civiles.

“Al aparecer la candidatura de Bonillas, el primero que le protestó a Carranza en forma enérgica fue Obregón, en dos conferencias que tuvo con él. Después vino la protesta de Pablo González.

“Cuando las circunstancias lo exigieron, Obregón corrió a ponerse al frente de elementos que habían sido de Pablo González, pues esos elementos le reconocieron como jefe que había sido de Maycotte durante la lucha contra Villa. Por eso, según ya relaté en otra ocasión, Maycotte desoyó las órdenes de Carranza pidiendo que entregara prisionero a Obregón.

“El otro, Pablo González, que había actuado en el interior, se encontró también cerca de otros contingentes que habían actuado con él en la lucha contra el zapatismo y en

El Ebano, tales como Jacinto B. Treviño, y naturalmente, conocedores aquellos de la situación en que se encontraba el gobierno del señor Carranza y la actitud de don Pablo González, pues le secundaron dándole la razón por los antecedentes que de él conocían y que hoy día se han olvidado o tergiversado por mala fe, según se ve de algunos artículos que han aparecido en la prensa.

“Así es que Obregón fue candidato en esa lucha electoral, como lo fue don Pablo González, y ninguno de ellos tenía mando de fuerzas como se pretende hacer aparecer ahora, diciendo que Pablo González se rebeló contra Carranza y le dio la puntilla. Nada de eso. Era un candidato descontento que viendo que se contrariaban los principios revolucionarios, se lanzó a la lucha.”

## LUIS CABRERA, POLÍTICO Y ECONOMISTA

“**A** principios del siglo actual, el general Bernardo Reyes organizó lo que llamó segunda reserva del ejército; envió elementos militares a diferentes partes del país, con la consigna de levantar su personalidad. Consiguió bastante, y en esa forma trataba de abrir camino a sus ambiciones políticas, pues estando muy cerca del entonces presidente Porfirio Díaz, creía que éste aceptaría que le sucediera en el manejo de los destinos del país.

“Se opusieron a esta campaña del general Bernardo Reyes, los elementos que constituían entonces el llamado Partido de los Científicos y que encabezaba Limantour. El reyismo, cuyo elemento más activo era Rodolfo Reyes, hijo del general Bernardo Reyes, organizó entonces el Partido Nacional Democrático (o antirreeleccionista) cuyos elementos fundadores eran amigos íntimos de Rodolfito, que era quien movía todos los hilos, y entre cuyos elementos se contaban pro-

minentemente don Luis Cabrera, don Manuel Calero, don Rafael Zubaran Capmany, don José Peón del Valle y algunos otros.

"Se hicieron jiras por toda la República instalando sucursales del partido. Se cifraban grandes esperanzas en las célebres declaraciones hechas en esos días por el general Díaz a Creelman en el sentido de que "el pueblo mexicano ya estaba apto para la democracia", declaraciones que posteriormente resultaron desmentidas por la actitud de don Porfirio, quien no estaba dispuesto a abandonar el poder. Y cuando esa actitud fue evidente, los amigos y partidarios del general Bernardo Reyes le pedían que los encabezara en un movimiento libertario, pero don Bernardo pretextó que no podía traicionar a su amigo y jefe y en consecuencia no podía aceptar su candidatura. Su claudicación fue completa cuando aceptó una comisión en el extranjero que el general Díaz le concedió para alejarlo del país.

"En 1906 se había oído ya la voz de don Francisco I. Madero en San Pedro de las Colonias, haciendo un llamado al pueblo mexicano para que escogiera al hombre que debería regir sus destinos y aun aceptando que este fuera el general Bernardo Reyes, si el sentir popular lo designaba. Es más: don Bernardo Reyes ocuparía la vicepresidencia de la República, permitiendo continuar al general Díaz hasta su muerte en el puesto de presidente. Sobre estos temas bordó el señor Madero en su libro "La Sucesión Presidencial" que apareció con anterioridad a las declaraciones hechas a Creelman. Cuando como consecuencia de tales declaraciones pareció que el general Díaz dejaría en libertad absoluta al pueblo mexicano para elegir a sus mandatarios, Madero cambió su actitud de concesión y pidió al pueblo que señalara libremente al hombre que debía regir sus destinos. Su actitud, pues, no era personalista; y a través de su periódico El Demócrata, en San Pedro de las Colonias, y con la formación de agrupaciones políticas

en todo el país, que se denominaban antirreeleccionistas, continuó la propaganda para el señalamiento de candidatos.

“Se celebró una convención en el Tívoli del Eliseo y resultaron electos candidatos para presidente y vicepresidente de la República los señores Madero y Pino Suárez, en contra de la fórmula Madero — Vázquez Gómez.

“Se efectuó la burda pantomima electoral que acostumbraba el gobierno de Díaz, sin que hubiesen faltado las persecuciones políticas por la desafiante actitud de la opinión pública, y se burló una vez más el voto del pueblo.

“Madero había dicho con toda claridad en sus jiras de propaganda que el pueblo mexicano debía hacer respetar su voto, y que si éste se burlaba, él estaba dispuesto a encabezar el movimiento que reclamara sus derechos en el terreno que fuera necesario.

“El 20 de noviembre de 1910 estalló el movimiento maderista. Don Francisco I. Madero, durante su propaganda, y con habilidad política poco común, había ido atrayéndose a los componentes de las organizaciones reyistas que habían quedado acéfalas al desertar don Bernardo Reyes de su puesto de jefe de las mismas. Esos elementos ex reyistas vestidos ya con la túnica maderista, estaban dispuestos a seguir a don Francisco I. Madero en su movimiento reivindicador. De ellos puede decirse que Urueta era un convencido sincero del maderismo; otros eran simplemente decepcionados del reyismo; pero Cabrera, Zubaran, Calero y otros, aun después de la huida de Bernardo Reyes, no entraron al maderismo y se quedaron al margen del movimiento antirreeleccionista, soñando aún con el retorno al gobierno de Díaz. Tal vez en esos sueños influía muy considerablemente la visión de una posible cartera ministerial, o cuando menos una prominente y ventajosa posición política.

“El movimiento maderista se desarrolló en forma irresistible y vinieron los arreglos de Ciudad Juárez, que fueron

prácticamente la aceptación del triunfo del maderismo por el gobierno de Díaz.

"Hubo entonces una célebre carta de don Luis Cabrera a don Francisco I. Madero, de la que recordaremos estas frases:

"Las circunstancias especiales en que usted se ha encontrado desde hace cerca de seis meses, y mi intención de conservarme siempre dentro de la ley, me habían hecho cortar toda comunicación con usted. Mas ahora que por actos expresos y deliberados del gobierno del general Díaz ha pasado usted oficialmente de la categoría de delincuente a la de caudillo político, aprovecho la ocasión para dirigirle las presentes líneas en público, con el objeto de contribuir, en la medida de mis fuerzas, al restablecimiento de la paz.

"No puedo ni quiero discutir si hizo usted bien o mal en levantarse en armas para sostener los principios de la no-reelección y de efectividad de sufragio; eso es de la incumbencia de la historia y cualquier juicio que yo anticipara, correría el riesgo de parecer apología de un hecho reprobado por la ley.

"Si el armisticio se prolonga, en cambio, durante más de quince días sin que se extienda al resto de la República, facilitará al gobierno del general Díaz la manera de fortalecerse para poder luchar contra la revolución, la cual, para entonces, habrá sufrido el natural relajamiento de sus energías que se mantenían por la tensión de las luchas ya entabladas, y al romperse nuevamente las hostilidades, el **gobierno actual vencerá fácilmente** sobre grupos ya desorganizados. Por otra parte, el **general Reyes está a punto de venir** y no hay duda alguna de que por disciplina, por sumisión al general Díaz, y hasta por rivalidad política hacia usted, **pondrá todo su empeño en sofocar la revolución y lo logrará**, aunque sea a costa de su prestigio y de su personalidad."

"He concluído."



“La carta de la que he tomado los párrafos anteriores, fechada el 29 de abril de 1911, no deja género alguno de duda sobre la actitud de don Luis Cabrera en apoyo del régimen de Díaz y en franca crítica y aun amenaza para el movimiento de 1910. Con pretexto de un legalismo ortodoxo, don Luis Cabrera reprueba la revolución que encabezó don Francisco I. Madero, pero triunfante ésta, y en la forma que se verá, Cabrera resulta maderista.

“Don Francisco I. Madero, a su llegada a la capital, y con una clara visión de la necesidad urgente de allegarse elementos de capacidad e inteligencia, procuró atraerse a las personalidades más destacadas entre aquellas que habían formado el antiguo grupo reyista: Calero fue nombrado embajador de México en Washington, y su traición fue conocida por todo el pueblo mexicano. Luis Cabrera, ya con la túnica del maderismo sobre sus hombros, deseaba fervientemente ocupar la cartera de ministro de Justicia, pero el señor Madero, que, aunque admiraba las dotes intelectuales de don Luis Cabrera, lo tenía por hombre peligroso y “resbaladizo”, no le concedió su deseo y don Luis hubo de contormarse con una curul que le ofreció el Partido Constitucionalista Progresista encabezado por don Gustavo Madero y en cuyo puesto esperaba hacer méritos para obtener la cartera que ambicionaba.

“Por otra parte, don Luis Cabrera no había dejado de ver grandes posibilidades en un retorno del general Reyes al país, y el grupo que formaba con Rodolfo Reyes y Zubaran Capmany logró embarcar a don Bernardo Reyes en la cómica aventura de Lampazos, haciéndole creer que todos sus partidarios lo recibirían con los brazos abiertos si volvía en sor de guerra. Engañado el general Reyes cruzó la frontera y no encontrando ni un solo partidario, fue a presentarse a un cabo de la guarnición de Lampazos, quien lo entregó al jefe militar de Coahuila y éste, a su vez, lo remitió a México, donde fue internado en la prisión de Santiago Tlaltelolco.

“Justo es hacer notar que, a pesar de su actitud vacilante y acomodaticia, don Luis Cabrera, durante su actuación en la Cámara de Diputados, hizo brillantes defensas del movimiento reivindicador de 1910, y fue uno de los pocos representantes que supieron y pudieron destruir las falaces críticas y acres censuras de los reaccionarios enderazadas en contra del maderismo.

“El general Reyes, como se ha dicho, se hallaba prisionero en Tlaltelolco. Igualmente prisionero se hallaba Félix Díaz, después de la asonada de Veracruz en octubre de 1912. Finalmente, se hallaba también prisionero Francisco Villa, bajo la acusación de Victoriano Huerta. En tales condiciones y creyendo los instigadores del cuartelazo de febrero de 1913, que contarían con la cooperación del general Francisco Villa, se fraguó dicho cuartelazo. Es indudable que de estos planes tenía conocimiento Rodolfo Reyes, y es extremadamente probable que lo tuvieran también sus íntimos amigos y copartidarios. Don Luis Cabrera debió haberlo sabido, pues tenía su despacho juntamente con él; tenían negocios comunes y diarias entrevistas. Justificando la denominación de “resbaladizo” que Madero le había dado, y sabiendo los acontecimientos que se avecinaban, Cabrera resolvió salir del país. Se embarcó en Veracruz con destino a Europa y, al pasar por Progreso, hizo aquellas famosas declaraciones al periodista yucateco Carlos Z. Menéndez, director de El Diario de Yucatán y en las que vaticinaba el derrumbamiento del régimen maderista, haciéndolo objeto de censuras y pretendiendo aparecer como hombre de clara visión política y de atinados pronósticos.

“Debe hacerse notar que, previamente a ese oportuno viaje de don Luis Cabrera, y complaciendo en parte su ambición, don Francisco I. Madero había aceptado darle la Subsecretaría de Justicia, pero Cabrera que quería “todo o nada” se sintió ofendido y no aceptó el puesto.

“Continuando su viaje a Europa, llegó a Nueva York cuando ya había estallado el cuartelazo de Victoriano Huerta,

que llevó a su íntimo amigo Rodolfo Reyes al gabinete. Desde Nueva York, Cabrera dirigió un cablegrama a la prensa en marzo de 1915, cablegrama demasiado conocido y en el que pide que ante los hechos consumados se reconozca al régimen de Victoriano Huerta.

"Sin embargo, y en vista de que el régimen huertista tomaba derroteros distintos de los que él esperaba, pues Rodolfo Reyes perdió su fuerza política, Cabrera continuó su viaje a Europa donde se ocultó de amigos y enemigos. En vano todos los que le habían creído maderista sincero trataron de comunicarse con él para llamarlo y pedirle que se incorporara al movimiento constitucionalista de 23 de febrero de 1913 que había estallado en Coahuila y había sido secundado diez días después por el Estado de Sonora. Entre las llamadas que desatendió estuvo la de Roberto Pesqueira, su íntimo amigo y que, enviada por conducto de Alfonso Madero a Nueva York, quedó sin respuesta.

"El movimiento constitucionalista fue ganando terreno, y cuando ya no era ningún secreto que triunfaría, se presentó don Luis Cabrera, en Nogales, en octubre de 1913, para unirse a dicho movimiento. Ya habían pasado las grandes batallas de Nogales el 13 de marzo, de Cananea el 26 del mismo mes, de Naco el 13 de abril, de Santa Rosa el 13 de mayo y de Santa María el 26 de junio. Casi todo el Estado de Sinaloa se hallaba dominado por las fuerzas constitucionalistas. Había caído Matamoros el 5 de junio, había triunfado Villa en Chihuahua tras de grandes y decisivos combates, dominando todo el Estado. El país entero estaba en contra de Victoriano Huerta. Entonces, y sólo entonces, con su acostumbrada oportunidad, se presentó don Luis Cabrera a don Venustiano Carranza.

"El señor Carranza no recibió bien a Cabrera y éste quedó al margen sin comisión, hasta que gestiones insistentes de sus amigos, muy particularmente de Roberto Pesqueira,

lograron conseguir que don Venustiano lo aceptara poco antes de llegar a México.

"Había que gritar muy alto, que hacer alardes demagógicos para suplir méritos efectivos y don Luis Cabrera acuñó aquellas conocidas expresiones: "La revolución es la revolución" y "El dinero hay que tomarlo de donde lo haya", frases con muy poco significado propio, pero que él lanzaba como heraldos de su fervoroso revolucionarismo.

"Queda establecido, pues, de manera innegable, que el revolucionarismo de don Luis Cabrera no tiene la pureza de origen que se pretende, ni tuvo manifestaciones más que cuando ellas pudieron traerle provecho sin correr peligros.

"Ahora bien, y en plan de formular juicio severo pero justo, veamos qué muestras dio de habilidad y competencia como economista el celebrado financiero don Luis Cabrera.

"Como ministro de Hacienda del señor Carranza, Cabrera pretendió resolver la crisis económica "tomando el dinero de donde lo hubiera" y así, se echó sobre las reservas monetarias de los bancos. Y continuando esa lógica de maritornes, obtenido el dinero, lo gastó en lo que hacía falta. Tal proceder, infantilmente sencillo, desmiente en forma rotunda toda habilidad financiera atribuida a don Luis Cabrera.

"Veamos por qué: el artículo 28 de la Constitución de 1917, concedía a la nación el monopolio de la emisión de billetes. Don Luis Cabrera se echó sobre las reservas metálicas de los bancos en agosto de 1918 y obtuvo así 86 millones de pesos oro. Ahora bien, de acuerdo con las disposiciones de la Ley Bancaria, cualquier banco puede emitir **el triple de sus reservas metálicas**; por lo tanto, si don Luis Cabrera, mostrando siquiera el ingenio de un estudiante de Economía Política, hubiera fundado el Banco Unico con esos 86 millones de pesos en metálico, éste habría podido emitir billetes por el triple de esa cantidad. Con una tercera parte de ellos, habría pagado a los bancos el "préstamo" que le

habían hecho ¡Y LE HABRIAN SOBRADO 172 MILLONES DE PESOS!

“Otro caso: la emisión del billete “infalsificable” fue una demostración más, no ya de ineptitud financiera, sino de verdadera ofuscación mental. En efecto: emite el gobierno mexicano el billete infalsificable, y lo deprecia desde su propio nacimiento, dando instrucciones a las Federales de Hacienda para que se acepte el peso con un valor efectivo de VEINTE CENTAVOS. Y lo más peregrino del caso es que don Luis, para explicar esa inexplicable depreciación, razonaba que: si los bancos, que pueden quebrar, están autorizados para emitir tres veces el monto de sus reservas (cosa que desgraciadamente olvidó cuando se echó sobre las reservas), era natural que el gobierno, que no puede quebrar, pudiera emitir cinco veces el monto de sus reservas. Y como 20 es la quinta parte de 100, los billetes de un peso no tenían más valor efectivo que el de veinte centavos. Es decir, que el señor ministro de Hacienda del gobierno del señor Carranza, don Luis Cabrera, desconoció hasta los más elementales principios de las leyes económicas y bancarias, al no darse cuenta de que la autorización que concede la Ley Bancaria para que los bancos emitan tres veces la cantidad de sus fondos de reserva, no significa, NI PUEDE SIGNIFICAR que sus billetes sean redimibles por treinta y tres centavos y fracción, sino que el valor de redención de dichos billetes, será siempre el de 100 centavos por un peso.

“Y no hace falta más para descalificar a cualquier ser humano que pretenda poseer habilidad o siquiera conocimientos básicos de Economía o de Banca.

“He ahí los verdaderos rasgos de don Luis Cabrera como político y como economista.

“Como historiador, consecuente con su propia psicología, inventa versiones, distorsiona hechos, omite sucesos de interés y confecciona obras o artículos de carácter histórico que llevan por principal finalidad pavonear su persona bajo

un manto de falsedades con el que pretende ostentarse como revolucionario genuino, de firmes convicciones y de brillante actuación en la política mexicana”.

## FIRME HASTA EL FIN

**L** OS anteriores capítulos, algunos de los cuales, según se dijo, están tomados al pie de la letra de las relaciones que en tono conversacional hizo don Adolfo de la Huerta al que esto escribe, pintan a grandes pero vívidos rasgos la vigorosa personalidad del patriota sin reproche, del ciudadano modelo, del hombre cuya honradez intocable queda como un símbolo en estos tiempos en que hay hasta panegiristas de la inmoralidad.

Después de muchos años de exilio, don Adolfo volvió a México gracias a la rectitud de criterio del general Lázaro Cárdenas, entonces presidente de la República, quien conocía bien las virtudes del señor De la Huerta e incidentalmente había salvado la vida gracias a las órdenes terminantes del señor De la Huerta para que se respetaran las vidas de los prisioneros militares.

El señor De la Huerta fue, durante el largo período de su exilio, un símbolo, como siempre, de lo que el hombre honrado hace en tales casos. Vivió honradamente de su trabajo como **maestro de bel canto** en Los Angeles, y siéndolo de extraordinaria habilidad, pronto tuvo **más** discípulos de los que podía atender. Ni él ni sus familiares sufrieron estrecheces, ni pidieron ni recibieron auxilio de nadie.

A su retorno al país, el general Cárdenas le nombró Visitador de Consulados y con ese carácter retornó a los Estados Unidos donde, como siempre lo hizo, desempeñó con cariño y buena voluntad las misiones que su puesto le señalaba.

Ocupó más tarde el puesto de director de Pensiones, pero la renovación de gobierno trajo cambios en los dirigentes y don Adolfo volvió a la Visitaduría de Consulados.

Finalmente, durante el período de gobierno de su tocayo y querido amigo don Adolfo Ruiz Cortines, el señor De la Huerta, aunque ocupando todavía como titular el puesto de Visitador de Consulados, por disposición expresa de la presidencia, ya no abandonó el país.

Pero don Adolfo no era hombre que pudiera permanecer ocioso. Y así, cuando se desarrollaba la campaña presidencial en favor del

actual presidente, el señor De la Huerta con algunos amigos, fundó y colaboró en la publicación del periódico HORIZONTE que vivió de principios de junio a fines de septiembre de 1952 y en esos números aparecieron varios artículos que con el pseudónimo de Armando Revueltas escribió el señor De la Huerta. Artículos todos llenos de una sana intención orientadora.

El señor De la Huerta, en sus escritos, seguía el hábil camino de presentar como rumores de cosas que estaban por hacerse, las sugerencias que él daba respecto de lo que debía ser hecho.

Posteriormente, volvió a las labores periodísticas con la publicación NUEVOS HORIZONTES, en la que figuró como director el que esto escribe. Un año justo vivió tal publicación: de 15 de julio de 1954 a 15 de julio de 1955, y el último número fue una recopilación de las expresiones de duelo que toda la prensa de México publicó con motivo de la muerte de ese gran mexicano.

Pero en tanto alentó jamás cesó de orientar, de sugerir con la mejor de las intenciones, de aconsejar con la más limpia de las finalidades. Y hasta el último día de su vida mantuvo el mismo e invariable camino de rectitud, de patriotismo, de honradez en todos los actos de su vida.

Terminamos esta obra reproduciendo algunas de las muchas cosas que él dejó escritas. En las primeras, como en las últimas, campea esa rectitud y ese patriotismo verdaderamente legendarios que fueron siempre suyos y brillarán como un esplendente lucero en el cielo de nuestra historia patria.

En su juventud, don Adolfo de la Huerta, escribió, bajo el anagrama de Eduardo Teofalla Jr., la siguiente décima que lo pinta con los mismos perfiles de toda su vida:

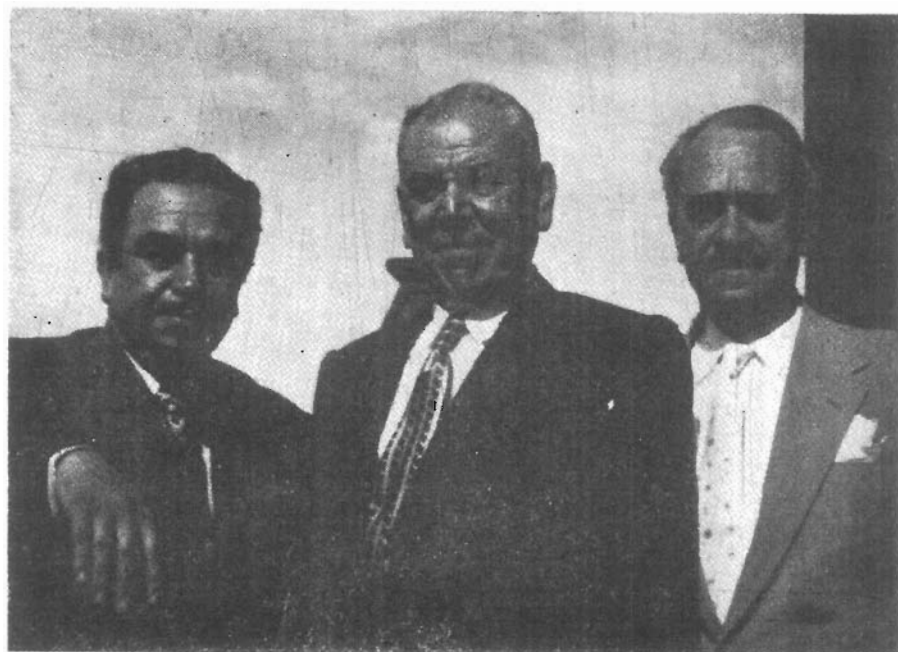
## VIDA UTIL

Si das a la humanidad  
tus esfuerzos fervorosos  
y por los menesterosos  
luchas con sinceridad;  
si a tu patria con lealtad  
sirves con preceptos fijos  
y con cuidados prolijos  
en tu hogar fincas tu amor,



Al retorno del exilio, don Adolfo de la Huerta, su esposa Clarita Oriol de De la Huerta y sus hijos Adolfo y Arturo.





El Lic. Miguel Alvarez Acosta, don Adolfo de la Huerta y el Lic. Roberto E. Guzmán Esparza, se autofotografiaron una de tantas gratas ocasiones en que se reunían a comer y a charlar sobre interesantes temas.

tu vida tendrá un valor  
que reflejará en tus hijos.

Eduardo TEOFALLA, Jr. .

## EL DECALOGO DE DON ADOLFO DE LA HUERTA

1.—Mientras más profunda es la filosofía y más elevada la ciencia, llega con más claridad el convencimiento de la omnipotencia del Todo.

2.—Todo es para todos.

3.—Disfruta de lo que provisionalmente tienes, pero ha de ser de tal manera que resulte algún beneficio para los demás.

4.—Vive y ayuda a vivir.

5.—Piensa y deja pensar.

6.—La limitación de todo goce está en el principio de la pena de otro.

7.—No deberás disponer de la vida de nadie; sólo tendrás derecho a evitar que te arrebaten la tuya.

8.—Haz lo que te plazca siempre que no determines perjuicio alguno para ti mismo o para los demás.

9.—Tu confesor será tu propia conciencia.

10.—Tu primera obligación es con la humanidad. Vienen después tu patria y tu familia. Tú serás el último.

Según ha quedado reseñado en esta obra, don Adolfo de la Huerta estuvo activamente en la lucha democrática desde antes de 1910, y durante toda su vida sostuvo con la misma honrada rigidez su fe en los principios democráticos.

Poco menos de un año antes de morir, el 15 de enero de 1955 para ser precisos, escribió el artículo que fue publicado en NUEVOS HORIZONTES de esa fecha y que a continuación reproducimos.

En él se verá la misma firmeza de convicciones que fue su norma constante; la misma sinceridad de propósito y la misma honradez que hicieron de este gran desaparecido un amigo inestimable y un ciudadano modelo.

(El artículo está firmado por "Aristides Cruz de la Torre", que era otro de los pseudónimos usados por don Adolfo de la Huerta).

## INICIATIVA QUE NO PROSPERO

Ya en los últimos años de su vida, don Adolfo de la Huerta no perdió el interés que todos los problemas nacionales le despertaban y ese interés se tradujo siempre en sugerencias, en iniciativas discretamente presentadas como sugerencias. He aquí una de ellas que aborda problema de gran trascendencia y que, como se verá por la fecha, fue presentada como "breves apuntes" en 1953.

### BREVES APUNTES SOBRE COOPERATIVAS AGRICOLAS QUE HAN DE CONTRIBUIR AL AUMENTO DE LA PRODUCCION

La experiencia, los hechos, nos han demostrado que la unidad agrícola más aceptable en nuestro medio, por su mayor productibilidad, es la Hacienda, la gran Hacienda, es decir, la Hacienda con grandes extensiones de cultivo. Esta institución en su organización de trabajo, es la resultante de muchos años de experimentación y casi en todos los países se considera indispensable para conseguir mayores rendimientos.

En su aspecto económico resulta inaceptable el hacendado, generalmente un "ausentista" que sólo representa al "influyente" que consigue, ya con empresas privadas, ya con instituciones gubernamentales, el crédito necesario para el financiamiento o refacción de la granja.

Ese ausentista recoge indebidamente los dineros que corresponden a los verdaderos cultivadores de la tierra y si se corrige esta anomalía, estableciéndose el reparto de las utilidades líquidas, entre los verdaderos agricultores, llegaremos a un organismo económico más equitativo y de mayor producción.

El verdadero director de la Hacienda, es el llamado Administrador o Intendente y es quien debe entrar en participación con los demás trabajadores de la Hacienda, principalmente los llamados peones.

El Estado, a través de sus instituciones de crédito, debe dar preferencia en su ayuda, a las organizaciones similares a las que estamos proponiendo.

Por mis experiencias como gobernador de Sonora, me atrevo a sugerir las siguientes proporciones en la distribución de las utilidades.

1.—El gobierno proporcionará la tierra, semillas, fondos, jornales y provisiones necesarios.

2.—El agricultor habilitado se asocia con todos los trabajadores y queda como gerente de las labores agrícolas, obligándose a presentar una lista de sus socios.

3.—El gobierno se reserva el derecho de inspeccionar los trabajos y exigir de la manera que juzgue conveniente, que las habilitaciones sean destinadas precisamente al objeto perseguido.

4.—De la cosecha se pagará preferentemente la **habilitación** y el resto se distribuirá de la manera siguiente: 60 por ciento para repartirse por partes iguales entre los asociados del gerente, 30 por ciento para el gerente y 10 por ciento para el Estado.

5.—Los trabajadores disfrutarán de un sueldo de \$15.00 diarios, además de la parte de las utilidades que les correspondan.

6.—En caso de faltar el gerente a cualquiera de las estipulaciones del contrato, el gobierno puede rescindirlo, fijando por medio de peritos, la retribución que a dicho gerente corresponda por sus trabajos y continuando la administración de las siembras como lo juzgue conveniente.

Los empleados y peones organizados en unión o sindicato local, nombrarán a tres delegados para que en su representación, intervengan en la revisión y control de todas las erogaciones y manejos generales del director-gerente. Cualquier irregularidad notada, debe ser comunicada inmediatamente al Banco Agrícola o a cualquier otro departamento señalado por el gobierno.

La selección de los directores o gerentes que harán las veces de los administradores o intendentes, debe hacerse preferentemente entre los militares que no estén en servicio activo y el acertado manejo de las cooperativas a su cargo, con el éxito conseguido en favor de sus asociados y del país, se anotará en su hoja de servicios para concedérseles menciones honoríficas y aun ascensos a los militares que hayan recibido la comisión de organizar o dirigir estas nuevas granjas de producción.

Este sistema en cooperativas no pretende substituir ni al ejido ni a la pequeña propiedad. Puede desarrollarse independientemente para aumentar la producción, buscando seguridades de las inversiones gubernamentales.

México, D. F., junio 15 de 1953.

ADOLFO DE LA HUERTA.

## SU ULTIMO ARTICULO

### S O Ñ A N D O

(A mi amigo don Adolfo Ruiz Cortines)

Por Aristides Cruz de la Torre

A partir del movimiento de 1910, por el cual el pueblo mexicano se sacudió la dictadura porfirista, han desfilaro por la presidencia de la República, doce ciudadanos que han llevado sobre el pecho la banda tricolor, insignia de la Primera Magistratura del país.

Los doce presidentes dejaron su personal huella en la vida y la historia de México y, a través del tiempo transcurrido, sus diversas actuaciones se hacen más claras y precisas; se borran detalles de poca o ninguna importancia; se precisan trazos y se acentúan perfiles de eventos trascendentales.

Y así vemos en primer término al idealista, al soñador, que impulsado por los principios más elevados y patrióticos, se lanzó a la lucha contra el osificado régimen, derrumbó al gigante y más tarde perdió la propia vida antes que coartar lo que siempre consideró como sagrado: el derecho del pueblo para gobernarse a sí mismo.

Le siguió aquel fuerte varón de bíblica figura que, a más de rescatar al país de manos mercenarias, supo conducir hábilmente la nave del Estado a través de los traidores escollos de la política internacional, cuando el tifón de la guerra mundial azotaba en toda su tremenda intensidad.

Tras él vino aquel que logró en cortísimo tiempo la unión de la familia mexicana, sentando precedente de conciliación, armonía y respeto a la vida humana.

Después otro que se reveló genial en el campo militar, escribió páginas gloriosas en su hoja de servicios y en cuyo periodo se redujo a la mitad la deuda nacional.

Le siguió un luchador de otro tipo: éste arremetió con decisión y valor en contra de las fuerzas del obscurantismo, venciendo prejuicios y señalando nuevas orientaciones.

Más tarde un hombre hábil en la ciencia política tomó el timón de la nave nacional y logró conducirla por rutas de buen entendimiento entre el pensar y el sentir del pueblo.

Su sucesor, igualmente prudente y conciliador, mantuvo la ruta de la vida nacional orientada hacia una constante mejoría.

Ocupó más tarde la presidencia un hombre de gran experiencia en el campo de los negocios; experiencia que, puesta al servicio de la nación y unida a la tranquilidad general que supo y pudo mantener, trajo beneficio innegable a nuestra vida económica.

Su sucesor fue tempestuoso; encendido en el más noble afán patriótico rescató para México fuentes de riqueza y bienestar interno, sin que le detuviera ni le hiciera vacilar en su marcha, la gigantesca y amenazadora sombra de los rascacielos vecinos.

Tras él vino otro mexicano cuya caballerosidad fue señorial. El supo sincronizar corrientes políticas internas y ganarse el afecto y estimación de todos los sectores.

Y bajo la impetuosa y juvenil mano de su sucesor, una racha de fiebre constructiva, de intensidad tal que aún superó las capacidades económicas del país, hizo brotar innumerables obras de beneficio común.

Finalmente, llegamos al hombre que actualmente empuña con firmeza y dirige con acierto el timón de la nave. Su actuación aún no puede ser juzgada. Sabemos que mantiene los ojos fijos en la brújula y la proa de la nave hacia horizontes de luz; pero la jornada es joven aún. Hay escollos peligrosos; amenazan fuertes tempestades. La habilidad del piloto habrá de mostrarse aún más clara.

Y abandonando nuestro marítimo símil hemos de observar que los ideales de democracia para que llevaran a Madero al triunfo sobre el formidable mecanismo de la dictadura porfirista, y que más tarde le hicieron caer víctima de los traidores remanentes de tal dictadura, fueron tachados de sueños de iluso, de romanticismos fútiles. Se dijo que (como lo dijera antes Porfirio Díaz) el pueblo de México no estaba maduro para el ejercicio de la democracia. Se pretendió que era preciso llevarlo de la mano como a cualquier infante, so pena de verlo dar traspies y sufrir dolorosas caídas. En realidad, a quien faltaba madurez era a los gobiernos, que no al pueblo de México.

Bien es verdad que no todos los presidentes que siguieron a Madero en la ocupación de la silla presidencial profesaron tales opiniones, pero ya sea debido a circunstancias especiales, ya a convicciones personales sinceras y profundas, ya por fin a intereses que no debieron anteponerse nunca a los intereses nacionales, lo cierto es que el sueño de Madero, sueño de verdadera democracia, continuó siendo sólo eso: UN SUEÑO.

Si el sistema democrático es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, hemos de convenir en que lo primero que ha de conquistarse es aquello que el apóstol Madero enunció como su primer postulado: SUFRAGIO EFECTIVO. La elección de los mandatarios

por la libre voluntad del pueblo manifestada en las urnas electorales, y esto AUN NO LO HEMOS VISTO.

Toca al primer mandatario actual dar al pueblo de México la oportunidad de elegir CON ABSOLUTA LIBERTAD a todos sus dirigentes, desde el presidente municipal del más pequeño e insignificante municipio, hasta el que ungido por el voto popular ha de seguirle en la dirección de los destinos de la nación.

Si las actuaciones de anteriores presidentes dejaron estelas en las que hay mucho que aplaudir (como lo hemos dicho), la de nuestro actual presidente puede y debe dejar una huella luminosa, una estela verdaderamente gloriosa: la del nacimiento a la real y efectiva democracia; la del respeto absoluto a la voluntad popular.

De sobra sabemos que los cantos de las sirenas y la amenaza de tempestades habrán de herir los oídos del piloto; pero confiamos en que, como experto argonauta, tenga cera caliente con la que tapar sus oídos y mano firme con la que desafiar rachas tempestuosas.

El viejo y elástico argumento que pretende justificar la intromisión de los poderes en las elecciones populares como una medida direccional necesaria, orientadora y conveniente, no tiene (no pudo tener nunca) aplicación justificada.

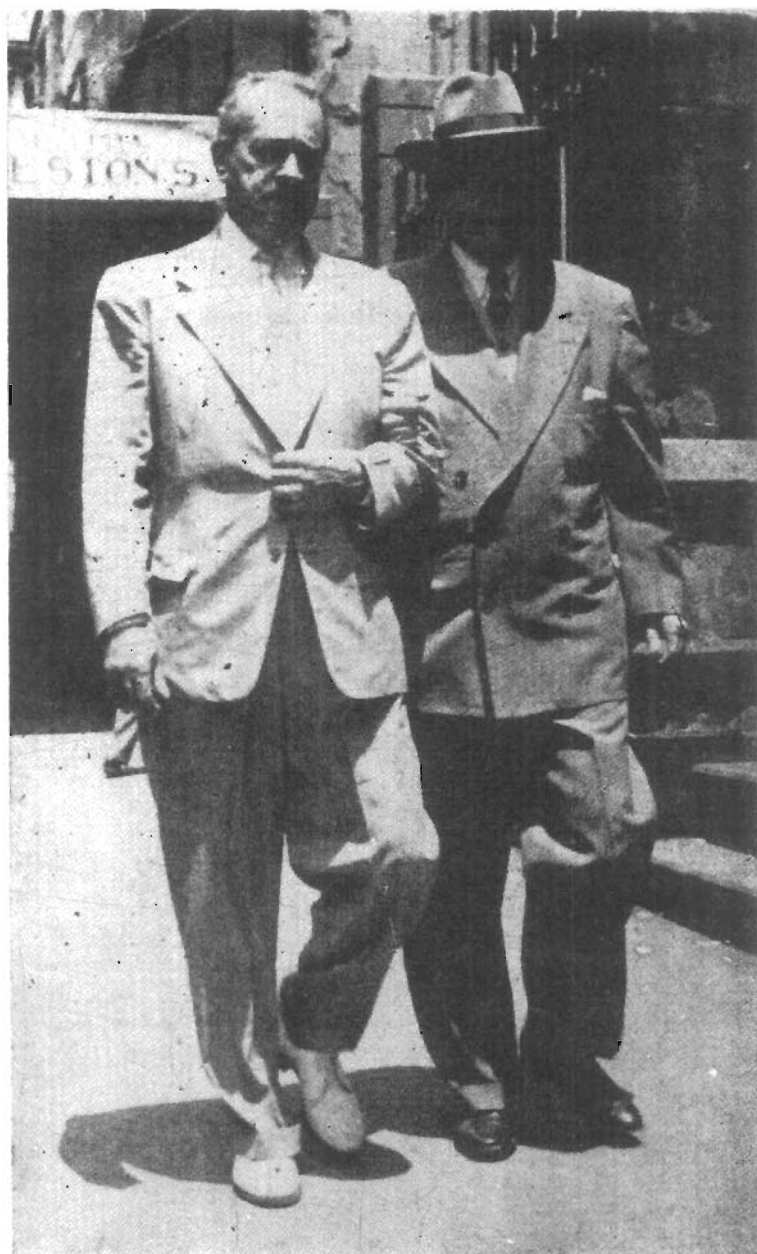
La responsabilidad del mandatario es ANTE TODO, el cumplimiento de los principios democráticos, mismos en nombre de los cuales ocupa su puesto de director.

Las inquietudes y aun los pequeños disturbios que la pugna electoral pueda originar, no sólo no deben alarmar al gobierno del centro, sino que deben satisfacerle como demostraciones de independencia de criterio en los diversos sectores políticosociales, como libertad de expresión y elección; como, en una palabra, manifestaciones de verdadera DEMOCRACIA.

Quien pretenda influenciar la pugna electoral de cualquier sector nacional de otra manera que no sea venciendo en una votación popular, es desleal a la democracia, equivoca el camino, y aun con la mejor de las intenciones, adquiere una responsabilidad tremenda ante el propio pueblo y la historia.

Quien, por otra parte, aun creyendo que el pueblo se equivoca en su elección, sepa respetar tal elección, sin tratar de orientarla a su propio criterio o de estorbarle en forma alguna, habrá cumplido con su deber y la responsabilidad de la elección equivocada (si equivocada fuere) quedará a los propios votantes, al pueblo mismo.

Esa es la oportunidad extraordinaria que don Adolfo Ruiz Cortines tiene ante sí. La oportunidad de pasar a la historia como el pri-



Don Adolfo de la Huerta y el Lic. Roberto Guzmán Esparza pasean por Madero en los últimos días de vida del primero.



mer presidente bajo cuyo régimen se efectuaron ELECCIONES LIBRES en toda la República. El primer presidente que dé verdadera y real vida a la DEMOCRACIA en México. El primer presidente que haga del sueño del apóstol Madero, una GLORIOSA REALIDAD.

¿Qué le queda al presidente actual después de lo hecho por sus antecesores? ¿Hacer algo de lo que ellos hicieron?... ¡Qué poco relieve daría eso a su personalidad! En cambio, ¡cómo se agigantará su figura si realiza lo que otros no pudieron, no supieron o no quisieron realizar!

¡Sea ese el destino de Adolfo Ruiz Cortines!